



*El Conde saludó á su adversario,
y en seguida sacó á su vez la espada.*

**EL COLLAR
DE LA REYNA.**

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

traducida

por M. R. de Q.

TOMO V.



MALAGA.

IMPRESA DE MARTINEZ DE AGUILAR,
Calle del Marques.

Es propiedad de la
casa de Martinez de
Aguilar.

El Collar de la Reyna.

CÓMO DOS AMIGOS SE CONVIERTEN EN
ENEMIGOS

Entretanto Aldegonda habiendo oído los gritos de su señor, y hallando cerrada la puerta, fue á buscar á la guardia.

Pero antes de que estuviese de vuelta, Felipe y Charny habian tenido tiempo suficiente para encender una grande hoguera con los nú-

meros del folleto, en la cual fueron echando despues cuantos papeles hallaron á las manos.

Los dos ejecutores llegaban ya á los últimos números, cuando se presentó al estremo del patio la vieja Aldegonda, seguida de la guardia, de mas de cien polizontes, y de otras tantas mugeres.

Cuando los primeros fusiles llegaban á las gradas del vestibulo, empezaba á arder el último número del folleto.

Felipe y Charny conocian por fortuna el camino que tan imprudentemente les habia mostrado Reteau, y emprendiendo la retirada por el corredor secreto, abrieron la puerta de escape, volvieron á cerrarla con cerrojo, atravesaron la verja de la calle de los Viejos Agustinos y dando en seguida tres vueltas á la llave, la tiraron en el primer sumidero que encontraron.

Mientras tanto Reteau que habia

quedado en libertad gritaba: ¡ *Asesinos!* á los asesinos! mientras que Aldegonda por su parte al distinguir el reflejo de las llamas al través de las vidrieras, gritaba: ¡ *Fuego!* fuego!

A esta sazón llegaron los fusileros, pero como los dos jóvenes habían partido ya, y el fuego estaba casi del todo estinguido, juzgaron conveniente no llevar mas allá sus pesquisas, y dejando á Reteau que se restregase la espalda con aguardiente alcanforado, se volvieron al cuerpo de guardia.

Pero la multitud, mucho mas curiosa que la guardia, permaneció hasta cerca del medio dia en el patio de la casa de Reteau, confiando en que volveria á renovarse la escena de la mañana.

Fuera de sí Aldegonda, blasfemó contra Maria Antonieta, hartándose de llamarla *austriaca*, y bendijo mil veces el nombre de M. de

Cagliostro apellidándole protector de las letras.

Cuando Taverney y Charny se vieron en la calle de los Viejos Agustinos dijo al primero este :

—Caballero , ahora que ya ha terminado nuestra ejecucion, tendreis la bondad de decirme en qué puedo serviros ?

-- Mil gracias , caballero ; precisamente iba yo á haceros la misma pregunta.

—Os lo agradezco en el alma ; por mi parte he venido á París con el objeto de evacuar varios asuntos, que me obligarán á permanecer probablemente en la ciudad por espacio de algunas horas.

—Lo mismo me sucede á mi, caballero.

—Entonces voy á despedirme de vos con vuestro permiso , felicitándome de la honra y la dicha que he tenido en encontraros.

—Permitidme á vuestra vez que

os haga igual cumplido, y que os manifieste que tendré una verdadera satisfaccion en que el asunto que os ha traído á París termine conforme á vuestros deseos.

Y ambos jóvenes se despidieron con una sonrisa y un saludo de los mas corteses, al través de los cuales era fácil entrever, que cuantas palabras acababan de dirigirse no les habian pasado de los labios adentro.

Al separarse se volvieron la espalda echando á andar en opuestas direcciones; es decir, Felipe subiendo hácia los boulevares, y descendiendo Charny hácia el rio.

Uno y otro volvieron á mirarse dos ó tres veces hasta que se perdieron de vista; y M. de Charny, que como ya hemos dicho, se habia dirigido hácia el rio, tomó la calle de Beaurepaire, y pasando de esta á la del Renard á la del Grand-Hurleur, y de esta á la de las Gra-

villiers, la Pastourel, la de Anjou, la de Perche, la Culture Sainte-Catherine, la de Saint-Luis, avanzó hácia la calle Neuve-de-Saint-Gilles.

A medida que se iba aprocsimando á esta calle, sus ojos se fijaban sobre un jóven que subia tambien por la calle de Saint-Louis, y á quien creia reconocer. Detúvose dos ó tres veces como si dudára quien era el personaje; pero esta duda desapareció al momento. El que subia por la calle era Felipe.

M. de Taberney que por su parte habia tomado la calle Manconseil, la calle los Ours, la de Grenier-Saint-Lazare-le-Comte, la de las Rieilles-Andrieties, la del Homme-Armé, la de los Rosiers, en la cual pasó frente por frente del palacio Lamoignon, llegó á la de Saint-Louis, desembocando por el ángulo de la calle de l'Egout-de-Sainte-Catherine.

Los dos jóvenes volvieron á encontrarse en la calle Neuve-Saint-Gilles, y ambos se miraron de un modo que revelaba á las claras que esta vez no se habian tomado la molestia de ocultarse su recíproco pensamiento.

El de ambos habia sido igual tambien en esta ocasion, puesto que ambos se dirigian á casa del conde de Cagliostro á pedirle cuentas de su conducta.

Ni uno ni otro podian dudar por lo tanto del proyecto de aquel con quien acababan de encontrarse de nuevo.

— Caballero de Charny, dijo Felipe; puesto que os he dejado al vendedor, podriais cederme al comprador en cambio: os he permitido que deis al folletista los bastonazos, permitidme á vuestra vez que corran de mi cuenta las estocadas.

— Perdonad, caballero, repuso Charny: si no me engaño, habeis

tenido conmigo aquella deferencia, porque habia yo llegado el primero, y no por otra cosa.

—Asi es, dijo Taverney; pero aqui varia de aspecto; porque aqui he llegado al mismo tiempo que vos, y.... os lo prevengo, aqui, no estoy dispuesto á haceros concesion alguna.

—¿Y quien os dice que trato de pedir os las? Procuraré defender mi derecho, y nada mas.

—¿Y vuestro derecho, M. de Charney, creéis que es?....

—Obligar á M. de Cagliostro á quemar los mil ejemplares del folleto que ha comprado á ese miserable.

—Recordad, sin embargo, que fuí el primero á quien ocurrió la idea de hacerlos quemar en la calle Montorgueil.

—No diré lo contrario; vos los habeis hecho quemar en la calle de Montorgueil, y yo los haré desgarrar en

la calle Neuve-Saint-Gilles.

—Siento en el alma, caballero, verme en la precision de decirlo que he tomado una resolucion muy formal de habérmelas el primero con M. de Cagliostro.

—Pues por mi parte, todo lo que puedo hacer en vuestro obsequio, es conformarme con que echemos suertes; tiraré un luis al aire, y aquel que gane, ganará tambien la primacia.

—Mil gracias, caballero; mas como mi suerte suele no ser muy buena en general, quizás seria bastante desgraciado para perder.

Y al terminar estas palabras, Felipe dió un paso hácia adelante.

Charny le detuvo diciéndole:

—Una palabra mas, caballero, y es muy posible que nos entendamos.

Felipe se volvió con viveza, porque habia en la voz de Charny un acento de amenaza que le agradaba en estremo.

— ¡Ah! ya os escucho, hablad.

— Quería deciros que si para ir á pedir una satisfaccion á M. de Cagliostro pasásemos por el bosque de Boulogne, aun cuando este camino es mas largo, casi estoy seguro de que llegaríamos por él antes que por ningun otro al término de nuestra diferencia. Uno de nosotros dos quedaria probablemente en el camino, y el que regresase, no tendria por lo tanto que dar cuenta á nadie de lo que iba á hacer.

— En verdad, caballero, que os habeis anticipado á mi pensamiento, repuso Felipe; ese es un medio que lo concilia todo: ¿teneis, pues, la bondad de decirme donde volveremos á encontrarnos?

— ¿Para qué? A menos que mi compañía no os sea insoportable...

— ¡Oh! ¿cómo podeis creer?...

— Entonces, ningun inconveniente hallo en que no nos separemos. He dado orden á mi cochero de que va-

ya á esperarme con el carruage á la Place Royal, y ya sabeis que está ahí á dos pasos.

—Perfectamente: ¿llevareis á mal que os pida un asiento en él?

—Al contrario, caballero; tengo en ello una verdadera satisfaccion.

Y los dos jóvenes, que desde la primera vez que se vieron habian conocido que eran rivales, convertidos en mortales enemigos á la primera ocasion, echaron á andar con precipitados pasos hácia la Place-Royal. Al llegar á la esquina de la calle del Pas-de-la-Mule, distinguieron el coche de Charny, cuyo lacayo, obedeciendo á una señal de este, hizo al cochero que se acercara.

Charny brindó entonces á Felipe á que tomara asiento, y el carruage partió en seguida con direccion á los campos Eliseos.

Antes de subir al carruage,

Charny escribió dos palabras en su libro de memorias, y encargó á su lacayo que fuera á llevarlas á la casa que habitaba en París.

Los caballos del carruage eran excelentes, y así es que llegaron al bosque de Boulogne en menos de media hora.

Cuando Charny creyó que habia encontrado un sitio á propósito, mandó al cochero que hiciese alto.

El tiempo estaba delicioso; porque aun cuando el aire era un poco frio, el sol tenia ya en cambio la suficiente fuerza para hacer exhalar los primeros perfumes á las violetas, y á los pétalos de los saúces colocados al borde de los caminos y á la orilla de los bosques.

Sobre las amarillentas hojas del año anterior elevábase orgullosamente la yerba, ataviada con sus espigas que se movian de un lado á otro á guisa de ondulantes penachos,

y los alelúes silvestres de color de oro inclinaban también sus perfumadas cabezas sobre las envejecidas murallas.

—Hace excelente día para dar un paseo ¿no es verdad, M. de Taverney?

—Cierto que sí, repuso Felipe.

Y ambos se apearon del carruage.

—Echa á andar, Dauphin, dijo Charny á su cochero.

—Permitidme que os diga, añadió Taverney al oír esta orden, que haceis mal en despedir el carruage porque acaso tendrá necesidad de él uno de nosotros dos para regresar á París.

—Ante todo, caballero, procuremos guardar el secreto de esta aventura, dijo Charny: haceos cargo de que si el lacayo llega á apercibirse de ella, será mañana el objeto de todas las conversaciones.

—No insisto, caballero; estad persuadido, no obstante, que el bribon que nos ha conducido sabe perfectamente á estas horas de lo que se trata. Esta clase de gente conoce demasiado bien las costumbres de la nobleza, para ignorar que cuando dos nobles se hacen llevar á los bosques de Boulogne, de Vincennes, ó de Satory del modo que él nos ha traído, no lo hacen simplemente por dar un paseo. De consiguiente, repito que vuestro cochero está al cabo de todo; pero aun suponiendo que no lo estuviera, dentro de poco nos verá á uno de los dos herido ó muerto, y esto bastará para que comprenda aunque un poco tarde. ¿No vale mas por lo tanto que se espere para conducir á aquel de nosotros que no pueda regresar por su pie, que no el que nos deje, marchándose, á vos ó á mí en el embarazo y conflicto de la soledad?

—Teneis razon, amigo, dijo

Charny.

Y volviéndose hácia el cochero, añadió :

—Dauphin, párate, y espéranos aquí.

—Dauphin, que habia presumido que lo llamarían, metió poca prisa á los caballos, y se hallaba por consiguiente al alcance de la voz.

Como Felipe lo habia previsto, el auriga habia sospechado las intenciones de los dos jóvenes, y lo probaba evidentemente la manera con que se acomodó en el pescante, para procurar ver, á través de los árboles, desnudos aun de hojas, la escena en la cual iba á ser su amo uno de los actores.

Felipe y Charny, sin embargo, fueron internándose en el bosque, y á los cinco minutos se perdieron en la azulada media-tinta que se dibujaba en el horizonte.

Taverney, que iba el primero, encontró un sitio seco, duro y muy

apropósito para el objeto que había conducido á los dos jóvenes al bosque de Boulogne.

—Salvo vuestro parecer, M. de Charny, creo que este sitio es excelente, dijo Felipe.

—Excelente, repuso Charny, quitándose la casaca.

Felipe se quitó también la suya, tiró á tierra su sombrero, y desenvainó la espada.

—Caballero, añadió entonces Charny sin sacar la suya; á cualquiera otro que no fuéseis vos, le suplicaría que me digese una palabra, sino de excusa, un poco dulce al menos, y esto para que quedáramos los mejores amigos del mundo: pero á vos, caballero, á un valiente que viene de América, ó sea de un país donde todo el mundo se ha baído con bizarría, no puedo.....

—Y yo, repuso Felipe, diría igualmente á cualquiera otro, que mi conducta tiene todas las aparien-

cias de una sinrazon; pero á vos, caballero, á uu bizarro marino que llenó de admiracion noches pasadas á la corte entera, al oir referir uno de sus gloriosos hechos de armas, á vos, caballero Gharny, únicamente es dado deciros: Señor conde, hacedme el honor de poneros en guardia.

El conde saludó á su adversario, y en seguida sacó á su vez la espada de la vaina, diciéndole:

—Creo, caballero, que ni uno ni otro hemos dicho todavia una palabra sobre la causa verdadera de esta riña.

—No os comprendo, conde, repuso Felipe.

—¡Bah! Paréceme por el contrario que me comprendeis perfectamente; y la prueba es, que como venis de un pais donde se ignora lo que es mentira, os habeis ruborizado al decirme que no me comprendeis.

— ¡ En guardia ! exclamó Felipe.

Cruzáronse las espadas de ambos combatientes. A los primeros pasos conoció Taverney que tenia una superioridad notoria sobre su adversario. Esta seguridad, sin embargo, en vez de redoblar su ardor, pareció mas bien enfriarle completamente. De lo cual resultó que el modo de tirar que tenia Felipe era tan reposado y tranquilo como si se hallase en una sala de armas, y como si en lugar de espada hubiese tenido en la mano un florete.

Ya llevaban de combate mas de un minuto, y Felipe, limitándose únicamente á parar los golpes de su adversario, no habia recibido de este ni uno siquiera.

— ¿ Teneis la bondad de manifestarme, caballero, por qué no queris atacarme ? preguntó Charny.

Y marcando una finta rápida, se fue á fondo sobre Felipe.

Pero este arrolló la espada de

su adversario, contestando con un golpe mucho mas rápido que la finta, y paró el que le habia dirigido Charny.

Este quite de Taverney hizo separar de la línea la espada de su antagonista; pero lejos de aprovechar esta circunstancia, se estuvo quieto.

Charny volvió á descargar otro golpe, que Felipe paró con un simple quite, y el conde se vió precisado por lo tanto á levantarse rápidamente.

Charny era mas joven, y sobre todo mas fogoso, y sintiendo hervir su sangre al ver la tranquilidad de su adversario, quiso obligarle á todo trance á que perdiese tambien la calma.

- Decia, pues, caballero, que ni uno ni otro hemos dicho una palabra acerca de la causa verdadera de este duelo.

Felipe permaneció silencioso.

—Y ahora voy yo á deciroslo, prosiguió Charny: la causa de que me hayais provocado (porque no negareis, caballero, que la provocacion ha partido de vos) procede de celos.

Felipe continuó sin responder.

—Ahora bien, dijo Charny, animándose en razon inversa de la sangre fria de Felipe: ¿cuál es vuestro objeto, caballero Taverney? Tratais, por ventura, de cansarme la mano? ¡Oh! semejante cálculo seria indigno de vos. Matadme; con mil diablos! si podeis, pero matadme en regla, y defendiéndooos.

Felipe replicó, moviendo de un lado á otro la cabeza:

—Teneis razon, caballero; vuestra reconvencion es muy justa, porque efectivamente he sido yo el provocador, y confieso que he hecho mal.

—Ahora no se trata de eso, caballero, sino de que hagais uso de

vuestra espada para otra cosa que para parar los golpes: atacadme, pues, mejor, ó defendeos al menos.

— Caballero, replicó Felipe; tengo el honor de deciros por segunda vez que he hecho mal, y que me arrepiento de ello.

Pero Charny, que tenia ya la sangre demasiado enardecida para comprender la generosidad de su adversario, la tomó por una nueva ofensa, y le dijo:

— ¡Ah! ya caigo; quereis echarla de magnánimo conmigo, ¿no es verdad, caballero? De esa manera os propondreis decir esta noche ó mañana á las damas mas bellas de la córte que me habeis llevado al lugar del combate, y que allí me habeis regalado la vida.

— Señor conde, repuso Felipe; en verdad que creo que os vais volviendo loco.

— ¡Bah! comprendo perfectamen-

te que quereis matar á M. de Cagliostro por complacer á la Reyna; y con el mismo objeto quereis matarme á mí tambien por medio del ridículo.

— ¡Oh! exclamó Felipe frunciendo el ceño: acabais de pronunciar una palabra asaz inoportuna, y esa palabra me prueba que vuestro corazon no es tan generoso como yo me habia figurado.

— Pues bien! asestad un golpe certero á este corazon, dijo M. de Charney descubriéndose, precisamente en el instante mismo en que Felipe se habia echado sobre él á fondo.

La espada de Taverney se introdujo por entre las costillas del conde, y abrió un sangriento surco sobre su camisa de finísima tela.

— ¡Oh! al fin me habeis herido! esclamo Charney lleno de gozo: si ahora os mato, haré luego un brillante papel.

— Decididamente, dijo Felipe, es-

tais loco rematado, caballero; os prevengo, sin embargo, que no lograreis matarme, y que por lo tanto hareis un papel muy vulgar, puesto que aparecereis herido en concepto de todo el mundo sin causa ni provecho alguno, en atencion á que todos ignorarán el motivo de nuestro duelo.

Charny dirigió en aquel momento un golpe tan recto y rápido sobre su enemigo, que Felipe apenas tuvo tiempo para pararlo: pero al dar el quite, supo arrollar la espada de su antagonista con la suya, y de un vigoroso golpe hizo saltar aquella á diez pasos de distancia.

Acto continuo se abalanzó con la ligereza del rayo á recogerla, y la partió por medio diciendo á su adversario:

— Caballero de Charny, ninguna necesidad teniais de probarme que sois un valiente: debo suponer por

lo tanto que me odiais mucho, euando tanto encarnizamiento habeis demostrado al batiros conmigo.

Charny no replicó palabra, e iba palideciendo visiblemente.

Felipe estuvo contemplándolo por espacio de algunos segundos, como si tratase de provocar una confesion ó una denegacion por parte del herido.

—Vamos; ya veo, señor conde, añadió en seguida, que nuestra suerte está echada, y que somos enemigos.

Charny se tambaleaba ya á esta sazón, y Felipe se adelantó para sostenerle; pero Charny rechazó su mano, diciéndole:

—Mil gracias, caballero; creo podré llegar por mi propio pie hasta el sitio donde ha quedado mi carruaje.

—Aceptar al menos este pañuelo para que os restañeis la sangre.

—Con mucho gusto.

Y cogió efectivamente el pañuelo.

—Aceptad mi brazo tambien, continuó Felipe, porque en el estado en que os hallais, caeriais al primer obstáculo en que tropezáseis, y vuestra caída os causaria un dolor inútil.

—La espada no ha hecho mas que atravesar la carne, dijo Charny, porque nada siento dentro del pecho...

—Tanto mejor, caballero.

—Y espero verme pronto curado y restablecido.

—Cien veces mejor. Pero si deseais con fervor vuestra cura para volver á empezar este combate, os prevengo que os ha de costar trabajo encontrar en mí un adversario.

Charny iba á responder, pero espiraron las palabras en sus labios: al mismo tiempo vaciló tan

ostensiblemente, que Felipe apenas tuvo tiempo para recogerle en sus brazos, é impedir que cayese en tierra.

Levantándole entonces como si no pesára mas que un niño, lo llevó medio desmayado hasta donde se hallaba su carruage.

Dauphin, habiendo visto al través de los árboles lo que pasaba, abrevió el camino saliendo al encuentro de su señor.

Charny fue colocado en el interior de su coche por el mismo Felipe, á quien dió aquel las gracias, haciéndole una inclinacion de cabeza.

—Id al paso, cochero; dijo entonces Taverney.

—Pero, ¿y vos, caballero? preguntó el herido.

— ¡Oh! No os inquieteis por mí.

Y saludando á su vez al conde, cerró la portezuela del carruage.

Felipe permaneció sin moverse

por espacio de algunos minutos, hasta que el coche desapareció por una calle de árboles, y en seguida tomó el camino que le pareció mas corto para regresar á París.

Habiendo vuelto despues la cabeza hácia atrás, viendo que el carruage, en vez de encaminarse hácia la ciudad, tomaba la direccion á Versailles, pronunció las tres siguientes palabras, que fueron arrancadas á su corazon despues de una meditacion profunda:

—Ella le compadecerá!....

LA CASA DE LA CALLE DE SAINT-
GILLES.

En la puerta del guarda encontró Felipe un carruage de alquiler, y metiéndose en él, gritó al cochero:

— ¡A la calle Neuve-Saint-Gilles! pronto!

Un hombre que venia de batirse, y que conservaba aun la arrogancia del vencedor; un hombre vigoroso cuyo talle anunciaba la no-

bleza; un hombre, en fin, vestido con sencillez, pero cuyos distinguidos modales y marcial continente revelaban al militar, era mas que suficiente para estimular á un cochero, cuyo látigo, si no era como el tridente de Neptuno el cetro del mundo, era para Felipe al menos un cetro asaz importante.

El automedonte por veinte y cuatro sueldos hizo por lo tanto á sus caballos que devoráran el espacio, y condujo á Felipe á la calle de Saint-Gilles, frente á la casa del conde de Gagliostro.

Esta casa, cuyo exterior era sencillísimo, ofrecia á la vista unas líneas magestuosas, como la mayor parte de los edificios construidos en tiempo de Luis XIV.

En el vestíbulo de ella veíase balanceándose sobre sus muelles resortes un gran carruaje tirado por dos magníficos caballos.

El cochero, sentado sobre el pes-

cante, dormía envuelto en una gran hopalanda forrada de pieles. Dos lacayos, uno de los cuales llevaba al costado un gran cuchillo de caza, se paseaba silenciosamente.

A escepcion de estos personajes, cualquiera hubiera dicho que no había en el interior de la casa ningun otro ser animado.

El auriga de Felipe recibió de este la órden de penetrar en el vestibulo, y despertando al suizo, que hizo girar sobre sus goznes la verja de la entrada, condujo el carruage al pie de la escalera.

Felipe saltó al suelo con velocidad, y dirigiéndose á los lacayos, les preguntó:

—¿El señor conde de Cagliostro?

—Va á salir en este instante, respondió uno de los lacayos.

—Esa es una razon mas para que yo me apresure á ir á su encuentro, dijo Felipe, puesto que ten-

go absoluta precision de hablarle. Anunciadle, pues, al caballero Felipe de Taverney.

Y echando á andar detrás del lacayo, llegó al salon casi al mismo tiempo que este.

—El caballero Felipe de Taverney! repitió despues del lacayo una voz dulce al par que vigorosa. Hacedle entrar.

Felipe penetró entonces en la estancia del conde de Cagliostro, bajo la influencia de una emocion que habia hecho nacer aquella voz tan tranquila.

—Dignaos excusarme mi importunidad, dijo el caballero saludando á un hombre de elevada talla, de un vigor y una lozania poco comunes, y el cual no era otro que el mismo personage á quien hemos visto ya en la mesa del Cardenal de Richelieu, en la cubeta de Mesmer, en la habitacion de la señorita Oliva, y en el baile de la Opera.

—¿Por qué, caballero? repuso el conde.

—Porque vengo á estorbaros que salgais.

—Cuando hubierais tenido que excusaros es si hubiérais venido mas tarde.

—¿Por qué?

—Porque os estaba aguardando.

—¿Cómo que me estabais aguardando! repitió Felipe frunciendo el ceño.

—Claro esta; os aguardaba porque me habian prevenido que vendriais á hacerme una visita.

—¿Y quién ha podido preveniros semejante cosa?

—¿Bah! hace ya mas de dos horas que sé que habiais de venir á verme. ¿No es verdad que hace ya una ó dos horas que queriais venir aqui, cuando un accidente independiente de vuestra voluntad os ha obligado á retardar la ejecucion de ese proyecto?

Felipe apretó los puños al oír estas palabras, porque conocia que aquel hombre iba ejerciendo sobre él una estraña influencia.

Pero el conde, sin aparentar que habia notado la agitacion nerviosa de Felipe, prosiguió :

—Dignaos tomar asiento, señor de Taverney : os lo suplico.

Y aproximando hácia donde estaba Felipe un sillón que se hallaba colocado al lado de la chimenea, añadió:

—Este sillón estaba colocado ahí para vos espresamente.

—Basta de chanzas, señor conde, replicó Felipe con una voz, á la cual se esforzaba en vano por dar el tranquilo acento de la de su huésped.

—Repito, caballero, que no me chanceo : os aguardaba.

—Pues basta si no de charlatanismo ; si sois adivino, sea enhorabuena ; pero yo no he venido aqui á

poner á prueba vuestra ciencia adivinatoria ; el objeto de mi venida es muy diferente , y si en efecto sois adivino , tanto mejor para vos , porque ya sabéis lo que vengo á deciros , y podreis por lo tanto tomar vuestras precauciones y ponerlos al abrigo.

— ¿ Al abrigo de qué ? repuso el conde con una estraña sonrisa ; ¿ tenéis la bondad de esplicarme eso ?

— Puesto que sois adivino , adivinadlo.

— Sea ; voy , por complaceros , á ahorraros el trabajo de esplicarme el motivo de vuestra visita : venis á provocarme.

— ¿ Cómo ? ¿ Tambien sabéis eso ?

— Sin duda que sí.

— Sabreis entonces el motivo , esclamó Felipe.

— Claro está : Venis por la Reyna... Ahora , caballero , continuad , si os place : ya os escucho.

Y estas últimas palabras no fue-

ron pronunciadas con el acento cortés de un huésped, sino con el tono seco y glacial de un adversario.

—Teneis razon, caballero, y me doy por ello el parabien, repuso Felipe.

—En ese caso, todo marcha á las mil maravillas.

—Caballero, existe cierto folleto..

—Existen muchos, amigo.

—Publicado por un cierto escritor...

—Tambien hay muchos escritores.

—Pero dejemos por ahora al autor, del cual nos ocuparemos mas tarde.

—Permitidme, caballero, que os advierta, dijo Cagliostro interrumpiéndole con una sonrisa estraña, que ya os habeis ocupado de él antes.

—Bien está: decia, que habia cierto folleto dirigido contra la Reyna.

Cagliostro hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¿Teneis conocimiento de él por ventura?

—Si.

—Sé que habeis comprado mil egemplares.

—No lo niego.

—Pero esos mil egemplares no han llegado afortunadamente á vuestras manos; ¿no es así?

—¿Qué motivo teneis para pensar semejante cosa? preguntó Cagliostro.

—El mas sencillo del mundo el de haber encontrado al mozo que llevaba el paquete, á quien he pagado su trabajo, y he mandado que se dirigiese á mi casa, en donde mi criado, que estaba prevenido con antelacion, ha debido recibirlo.

—¿Por qué no desempeñais vos mismo vuestros negocios, hasta darles felice cima?

—¿Qué quereis decir?

—Que entonces estarian mejor evacuados.

—No he evacuado yo mismo mis negocios hasta el fin, porque mientras mi criado se empleaba en sustraer á vuestra singular bibliomania esos mil egemplares, me ocupaba yo en destruir el resto de la edicion.

—De modo, que estais seguro de que los mil egemplares que venian destinados á mi, se hallan en vuestra casa?

—Segurísimo.

—Pues estais en un error, caballero.

—¡Cómo! exclamó Taverney, sintiendo una gran opresion en el corazon; ¿por qué no han de estar en mi casa?

—Por la razon sencillísima de que están aquí, dijo tranquilamente el conde, recostándose contra la chimenea.

Felipe hizo entonces un gesto amenazador.

— ¡Bah! ¿Cómo quereis, añadió el conde con mas flema que un Nestor, que un hombre como yo, que todo un adivino, se dejase burlar asi? ¿Habeis creido tener una feliz idea al engañar al mozo, no es cierto? ¡Pues bien! mi mayordomo ha tenido otra, porque para eso le pago, y ha adivinado la verdad: ya se vé, nada mas natural que el que adivine el mayordomo de un adivino, y de consiguiente ha acertado en que vos iríais á casa del folletista, en que hallaríais al mozo en el camino, y hasta en que trataríais de ganarlo; asi es que saliéndole al encuentro le amenazó con que le haria devolver el oro que vos le dísteis; el hombre tuvo miedo, y en vez de proseguir su camino hácia vuestra casa, ha seguido á la mia á mi mayordomo. ¿Lo dudais?

— No lo dudo, porque no lo creo.

— ; *Vide pedes, vide manus!*

— Dijo Jesus á Sto. Tomás: pues bien, caballero de Taverney; eso mismo os digo yo á vos: y mirad el armario, y palpad los folletos.

Y al pronunciar estas palabras abrió un mueble de encina, admirablemente esculpido, en cuyo cajon principal mostró al caballero, que iba palideciendo por grados, los mil ejemplares del folleto, impregnados aun del nauseabundo olor del papel húmedo.

Felipe se aproximó entonces al caballero en actitud amenazadora, pero el conde de Cagliostro permaneció inmóvil.

— Caballero, le dijo Taverney, me parece que sois un hombre valiente, y por lo tanto os intimo que me deis una satisfaccion con la espada.

— ; Satisfaccion! ¿de qué? preguntó el conde Cagliostro.

—Del insulto hecho á la Reyna; insulto, del cual os habeis hecho cómplice al guardar los egemplares de ese folleto.

—Mucho siento, caballero, repuso Cagliostro sin moverse, verme en la precision de deciros que estais equivocado. Yo gusto de las novedades, de los rumores escandalosos, y de las cosas efímeras, en una palabra. Ademas tengo la mania de coleccionar, á fin de acordarme á su tiempo de una porcion de cosas, que olvidaria á no ser por esta precaucion. Ahora bien, ¿qué tiene que ver que yo haya comprado ese folleto, con el insulto á la Reyna?

— ¡ Me habeis insultado á mí!

— ¿ A vos?

— Si, á mí, caballero, á mí; ¿ lo entendeis?

— A fé mia que no.

— Pero ¿ no podriais decirme de qué proviene ese afan que habeis manifestado en comprar un folleto

—¿Infame?

—Ya os lo he dicho; de la manera de formar colecciones.

—Los hombres de honor, caballero, no coleccionan infamias.

—Perdonad, caballero, si soy de distinta opinion respecto á la calificación de este folleto, el cual podrá ser bien un libelo, pero de ningun modo una infamia.

—¿Confesareis al menos que es una mentira?

—Tambien en eso os equivocais, puesto que S. M. la Reyna ha estado en la cubeta de Mesmer.

—Eso es falso.

—¿Quereis decir que he mentido?

—No quiero decirlo, sino que lo digo clara y terminantemente.

—Pues bien, á eso os responderé con una sola palabra, á saber; que la he visto yo por mis propios ojos.

—¿Vos?

—Como os estoy viendo ahora.

Felipe miró á su interlocutor frente á frente, como si hubiera querido hacer luchar su mirada tan franca, tan noble, y tan bella, contra la mirada luminosa de Cagliostro; pero esta lucha acabó por fatigarle, y volvió hácia otro lado la vista, exclamando :

—Persisto, sin embargo, en decir que mentís.

Cagliostro se encogió de hombros, como si aquel insulto hubiese salido de la boca de un demente.

—¿Lo habeis oido? preguntó Felipe con voz sorda.

—Sí, amigo; y si no me engaño, hay en Francia un proverbio que dice que un *mentís* equivale á un bofetón.

—¿Y qué? No puedo negaros que me sorprende en extremo una cosa.

—¿Cuál?

—El no haber visto levantarse

vuestra mano sobre mi rostro, puesto que sois hidalgo, y conoceis el proverbio francés.

—Sí; pero antes de hacerme hidalgo y de enseñarme el proverbio francés, Dios me ha hecho hombre, y me ha dicho que ame á mis semejantes.

—¿Conque es decir, caballero, que rehusais darme una satisfaccion con la espada en la mano?

—Yo no pago nunca mas que lo que debo.

—Entonces me dareis satisfaccion de otra manera.

—¿De cuál?

—No es mi ánimo trataros peor de lo que un noble debe tratar á otro; por lo tanto, solo exigiré de vos que queméis á presencia mia todos los ejemplares que hay en el armario.

—Y yo no me prestaré á esa exigencia.

—Reflexionadlo bien.

— Ya está reflexionado.

— Mirad que vais á esponerme á que tome con vos el mismo partido que acabo de tomar con el folletista.

— ¡Darme de palos! exclamó Cagliostro riéndose, y permaneciendo inmóvil como una estatua.

— Ni mas ni menos, caballero! yo respondo de que no llamareis á vuestros criados.

— ¿Yo? ¿y con qué objeto? Nada tienen ellos que ver en mis asuntos; basto yo para arreglármelos por mi propia cuenta. Además, que soy mucho mas fuerte que vos. ¿Lo dudais? Pues os lo juro. Reflexionad por lo tanto lo que vais á hacer; porque si os acercais á mí con el baston levantado, os agarro por el cuello y por el espinazo, os tiro á diez pasos de mí, y repetiré la funcion tantas cuantas veces lo intentáreis; ¿lo entendeis?

— ¡Hola! ¿conque es decir que

estais por el juego de los lores ingleses, ó sea por el juego de un ganapan? ¡Pues bien! sea, señor Hércules, acepto.

Y Felipe ciego de furor se precipitó sobre Cagliostro, el cual estirando sus brazos, que parecian dos barrotes de hierro, asió al caballero por el cuello y por la cintura, y lanzándolo sobre unos cojines que guarnecian un sofá que se hallaba al extremo del salon, fue á caer sobre ellos enteramente aturdido.

Despues de hacer esta prodigiosa prueba de fuerza, el conde de Cagliostro volvió á colocarse delante de la chimenea en la misma postura que antes, y como si nada hubiese pasado.

Felipe se levantó pálido y echando espuma por la boca; pero la reaccion de un frio raciocinio le devolvió repentinamente sus facultades morales.

Por lo que abrochándose la casaca y

arreglándose los vuelos, dijo con voz siniestra:

—Veo, caballero, que teneis en efecto tanta fuerza como cuatro hombres reunidos; pero vuestra lógica, en cambio, es tan fuerte como vuestros puños, puesto que al tratarme como acabais de hacerlo, habeis olvidado que vencido, humillado y habiéndome convertido para siempre en mortal enemigo vuestro, me dais derecho para que os diga: Defendeos, señor conde, con la espada en la mano, ó de lo contrario os mato.

Cagliostro permaneció impasible.

—Sacad la espada ó sois muerto! repitió Felipe.

—Todavía no estais bastante cerca de mí, caballero, para que os trate como la vez primera, replicó el conde; y os prevengo que no me dejaré herir ó matar de la manera que lo hicisteis con el pobre Gilberto.

—Gilberto! exclamó Felipe: ¡qué nombre acabais de pronunciar!...

—Felizmente, prosiguió Cagliostro, esta vez no teneis en las manos un fusil, sino una espada.

—Caballero! repitió Felipe, habeis pronunciado un nombre...

—Sí; un nombre que ha despertado en vuestros recuerdos un eco horrible; ¿no es verdad?

—¡Caballero!

—Un nombre que habiais creído no volver á oír pronunciar jamas, porque estábais absolutamente solo con aquel pobre muchacho en la gruta de la isla de los Azores cuando lo asesinásteis! ¿no es así?

—¡Oh! exclamó Felipe; ¡defendeos! defendeos!

—Si supiéseis cuán fácil me seria hacer que se os cayese la espada de las manos.

—¿Con la vuestra?

—Sí; primero con mi espada, si se me antojase.

—¡Oh! haced la prueba... veamos...

— ¡Bah! no quiero aventurarme á eso: tengo un medio mucho mas seguro.

— ¡Oh! por la última vez os repito que agarreis la espada, ó de lo contrario voy á mataros; exclamó Felipe dando un brinco hácia el conde.

Pero este, al verse amenazado por la punta de la espada que apenas distaba ya tres dedos de su pecho, sacó del bolsillo un frasquito y despues de destaparlo, arrojó su contenido al rostro de Felipe.

En el instante mismo que el licor del frasco tocó al caballero, empezó este á vacilar, dejó escapar la espada, y doblándose sus rodillas bajo el peso de su cuerpo, fue desvaneciéndose por grados hasta que perdió absolutamente el uso de los sentidos.

Aproximóse á él Cagliostro para impedir que cayese en tierra, y despues de sostenerlo en sus brazos, recogió la espada de Felipe para vol-

ver á meterla en la vaina, lo sentó sobre un sillón, y le dijo así que recobró los sentidos:

— A vuestra edad, caballero, ya no sientan bien semejantes locuras; cesad, pues, de ser loco como un niño y escuchadme.

Felipe movió pausadamente la cabeza de un lado á otro, dió una sacudida, por decirlo así, como para quitarse del cerebro el peso que le entorpecía, y exclamó en voz baja:

— ¡ Oh! caballero! ¡ es imposible que llameis á esto armas propias de un hidalgo!

Cagliostro replicó encogiéndose de hombros:

— Cesad de repetir constantemente la misma frase: la palabra «soy noble» que nosotros los hidalgos acostumbramos á pronunciar con mucho énfasis, las mas de las veces es vacía de sentido. Y sino veamos; ¿ á qué llamais vos arma propia de un noble?

¿A vuestra espada, de que tan mal y tan inútilmente acabais de hacer uso contra mí? ¿ó á aquella escopeta que tan bien os sirvió contra Gilberto? ¿Creeis por ventura que esta palabra *hidalgo* hace á los hombres verdaderamente superiores? No: la verdadera superioridad la dan la razon primeramente, la fuerza despues, y la ciencia por último. ¡Pues bien! estas tres cualidades son de las que yo acabo de hacer uso para defenderme: con mi razon me he reido de todas vuestras injurias, creyendo que de este modo lograria que me escucháseis: con mi fuerza he inutilizado vuestra fuerza; y con mi ciencia, en fin, he estinguido á la vez vuestras fuerzas físicas y morales. Ahora solo me resta ya probaros que habeis cometido dos faltas al venir aqui con ademanes hostiles, y con la amenaza en los labios: ¿quereis, pues, hacerme el favor de escucharme atento?

—Estraño mucho, replicó Felipe, que me pidais semejante favor, cuando acabais de anonadarme, y de haceros dueño de mis músculos, de mi pensamiento, y de mis facultades todas.

Cagliostro tomó entonces de encima de la chimenea un frasquito de oro, que sostenia un Esculapio de bronce, y dijo con una dulzura llena de nobleza:

—Dignaos, caballero, aspirar en este frasco.

Felipe obedeció sin replicar palabra, y los vapores que oscurecian su cerebro, fueron disipándose con tal rapidez que le parecia que el sol habia vuelto á iluminar todas sus ideas, descendiendo á las cavidades de su cráneo.

— ¡Oh! exclamó entonces desahogando su pecho con un prolongado suspiro: me siento renacer.

— ¿ Os hallais bien ahora, y asaz libre y fuerte?

—Si.

—¿Y conservais en la memoria lo pasado?

—¡Oh! Sí.

—Pues bien! mediante á que tengo que habérmelas con un hombre de corazon, que ademas tiene talento, séame dado suponer que esa memoria os servirá para que roconozcais que está de mi parte toda la ventaja en lo que acaba de pasar entre nosotros.

—No creo tal, repuso Felipe, porque yo obraba en nombre de un principio vital, de un principio sagrado.

—¿Cuál era, pues, vuestro objeto?

—Defender la monarquía.

—¡Cómo! ¡vos defender la monarquía!

—Sí; ¿qué hallais de estraño en ello?

—¡Vos! ¡un hombre que ha ido á América á defender la república!

Vamos, amigo, sed franco; ó no era la república lo que fuisteis á defender á Ultramar, ó no es la monarquía lo que aqui defendeis.

Felipe bajó los ojos, y dejó escapar un hondo suspiro, que debia pesar horribilmente sobre su corazón.

—Proseguid amando, si os place, continuó Cagliostro, á quien os desdenea; amad á los que os olvidan, y á los que os engañan; es muy propio de las almas grandes el verse vendidas en sus mas fuertes afecciones: la ley de Jesucristo prescribe que se devuelva el bien por el mal: sois un buen cristiano, caballero de Taverney.

—¡Caballero, no digais una palabra mas! exclamó Felipe sobresaltado, al ver que el conde de Cagliostro leia lo mismo en lo pasado que en lo presente; no digais una palabra mas; porque si yo no defiendo aqui la monarquía, defiendo á la

Reyna, ó sea á una muger inocente, y respetable por este título: y aun cuando no lo fuese por su inocencia, lo seria en otro concepto, puesto que una ley divina prescribe la defensa de los débiles.

— ¡Los débiles! repitió Cagliostro; ¿llamais por ventura un ser débil á una Reyna, ante la cual inclinan la cabeza y doblan la rodilla 28 millones de seres vivientes y racionales? ¡Vaya una debilidad!

— ¡Oh! ¡creed firmemente que la calumnian!

— Qué sabeis vos?

— Quiero creerlo asi al menos.

— ¿Pensais, acaso, que asi os lo prescribe vuestro deber, y que tenéis derecho para ello?

— Sin duda que si.

— ¡Pues bien! yo lo tengo para creer todo lo contrario.

— ¡Oh! pues obrais como un genio maléfico.

—¿Quién os ha dicho semejante cosa? exclamó Cagliostro, cuya mirada se iluminó repentinamente de tal modo, que inundó de luz á Felipe. ¿De dónde procede esa temeridad de pensar que vos teneis razon y que yo carezco de ella? ¿de dónde procede esa audacia que manifestais en preferir vuestro principio al mio? ¡Porque defendeis la monarquía! ¡Pues bien! ¡yo defendiendo la humanidad! Vos decís: Dad al César lo que es del César: y yo digo: Dad á Dios lo que es de Dios.

Republicano de la América, caballero de la órden de Cincinato, me veo precisado á recordaros el amor á los hombres, y el amor á la igualdad. Vos hollais á los pueblos por besar las manos de una Reyna: yo trato por el contrario de hollar á las Reynas para elevar un grado mas á los pueblos. Pero, puesto que yo no trato de desviaros del

objeto de vuestra adoracion , no ven-
gais vos á turbarme en mi trabajo.
Yo os dejo el brillo del dia , el sol
de los cielos , y el sol de las cór-
tes ; dejadme á mi en cambio la som-
bra y la soledad. ¿No es verdad que
comprendeis la fuerza de mi len-
guaje , como habeis comprendido há
poco la fuerza de mi individuali-
dad ? Hace poco me deciais : Voy á
darte muerte porque has ofendido al
objeto de mi culto. Y yo os digo en
cambio : Tú que has venido á com-
batir al objeto de mis adoraciones ,
vive : pero si os digo eso , es porque
me siento tan fuerte con mi princi-
pio , que ni vos , ni los vuestros ,
sean cuales fueren los esfuerzos
que para ello hagais , retardareis mi
marcha ni un solo instante.

—Me llenais de espanto , caballe-
ro , dijo Felipe ; merced á vos , qui-
zás soy el primero en este pais , que
entreve el fondo de un abismo , há-
cia el cual corre á precipitarse la

monarquía.

—Muy bien; sed prudente, puesto que habeis visto el precipicio.

—Pero vos, que me decis eso, replicó Felipe, conmovido por el tono paternal con que le habia hablado Cagliostro; vos que acabais de revelarme secretos tan terribles, careceis de generosidad, puesto que sabeis perfectamente que preferiré precipitarme en el abismo antes que ver caer en él á aquellos á quienes defiendo.

—¿Qué remedió? señor de Taverney: á mí me basta haberos prevenido; de consiguiente me lavo las manos como el prefecto del Tiber.

—¡Pues bien! exclamó Felipe, corriendo hácia Cagliostro con un ardor febril; yo que respecto á vos me reconozco por un hombre inferior y débil, haré uso de las armas propias de aquel que se encuentra en mi caso, acercándome á vos con los ojos llenos de las lágrimas, y

juntas las manos en ademán suplicante, para rogaros que por esta vez al menos me concedais la gracia de aquellos á quienes perseguís. Yo os lo regaré por mí, caballero, por mí que no puedo sin saber por qué habituarme á ser enemigo vuestro, y espero enterneceros, convenceros y obtener al fin que me libertéis de los remordimientos de haber previsto la pérdida de esta pobre Reyna, y no haberla conjurado. En una palabra, caballero, espero obtener de vos que destruyais ese folleto, que hará verter amargas lágrimas á una muger; espero mereceros, repito, este favor, ó de lo contrario os juro por mi honra y por este amor fatal que tan bien conocéis, que me heriré el corazón con esta misma espada que tan impotente ha sido para heriros.

— ¡Ah! exclamó entonces Cagliostro echando á Felipe una mirada que revelaba el dolor mas elocuen-

tè; ¡por qué no han de ser todos como vos! yo me pondria entonces de su parte, y no perecerian!

— ¡Oh! Dignaos, caballero, responder á mi ademan suplicante.

— Contad esos mil ejemplares, dijo Cagliostro despues de una breve pausa, á ver si están todos, y quemadlos vos mismo sin dejar uno.

Felipe sintió que su corazon queria venirsele á los lábios, y avanzándose hácia el armario donde estaba el folleto, sacó los ejemplares, los arrojó al fuego, y dijo al conde de Cagliostro estrechándole la mano con efusion:

— Adios, caballero, os doy un millon de gracias por lo que acabais de hacer, y no lo olvidaré nunca.

Y al terminar estas palabras salió del aposento de Cagliostro, el cual se quedó diciendo al ver alejarse á su interlocutor:

— Yo debia al hermano esta com-

pensacion en pago de los sufrimientos de la hermana.

Y en seguida añadió en voz alta:

— ¡Mis caballos!

EL GEFE DE LA FAMILIA DE TAVER-
NEY.

Mientras que pasaba en la calle de Neuve-Saint-Gilles la escena que acabamos de referir, M. Taverney padre se paseaba en el jardin de su casa, seguido de dos lacayos que conducian un sillón.

En aquella época habia en Versailles, y acaso quedará aun alguno en el dia, varios palacios antiguos con jardines franceses, que, por

una imitacion servil de los gustos é ideas del amo, recordaban en pequeño el Versailles de Le Notre y de Mansard.

Algunos de los cortesanos, tomando quizás por modelo á M. de la Feuillade, habian hecho construir un pequeño invernadero subterráneo, un estanque de agua semejante al de los Suizos, y baños como los de Apolo.

En aquellos palacios habia tambien un patio de honor, y los Trianons, todo por supuesto en grande escala: cada estanque tenia cuando menos una cuba de agua.

Desde que S. M. Luis XV adoptó los Trianons, M. de Taverney creyó que debia adoptarlos tambien, y así lo hizo en efecto: su casa de Versailles, por lo tanto, habia tenido sus Trianons, sus vergeles, y su correspondiente parque. Desde que á Luis XVI le dió por tener

an taller de cerrajería y sus correspondientes tornos, M. de Taverney quiso tener tambien su fragua y sus limaduras. Desde que María Antonieta, en fia, se empeñó en tener jardines ingleses con sus rios artificiales, sus praderas y sus casitas campestres, M. de Taverney habia hecho en un extremo del suyo un pequeño Triaxon para sus muñecas, y un rio para sus barquichuelos de corcho.

El dia á que nos referimos, M. de Taverney tomaba el sol en la única calle de árboles que quedaba en su jardin, construido en el gran siglo: estos árboles eran unos tilos cuyas enrojecidas hebras parecian hilos de hierro candente. El padre de Felipe caminaba á paso lento y con las manos metidas en su manguito; los lacayos que iban detrás de él acercaban el sillón de cinco en cinco minutos, para que se sentase á descansar, y en uno de es-

tos períodos de reposo vió venir á un criado de la casa, el cual gritó anunciando:

—Monsieur Felipe de Taverney!

— ¡Mi hijo! exclamó el anciano con orgulloso regocijo.

Y volviéndose con toda la viveza que le permitia su edad, dijo al ver á Felipe, que venia en pos del portero:

—Bien venido, hijo mio.

Y despidiendo al criado con un gesto, añadió:

—Llegas á buen tiempo, mi querido Felipe, porque me están bullendo en la imaginacion las ideas mas halagüeñas. Pero... ¿qué es eso?... ¿vas á hacerte el remolon?

—No á fé.

—Supongo que ya sabrás el resultado del asunto.

—¿De qué asunto?

El anciano volvió entonces la cabeza hácia los lados para ver si le escuchaban.

—Podeis hablar sin el menor reparo, porque no hay nadie que nos oiga, dijo Felipe.

—Muy bien; el asunto á que me refiero es el asunto del baile.

—Ahora os comprendo menos.

—Del baile de la ópera.

Felipe se ruborizó, y el malicioso anciano se apercibió de ello.

—Vamos, vamos, confiesa que eres un imprudente; te estás conduciendo como los malos marinos, los cuales despliegan todas las velas cuando les sopla el viento favorable. Siéntate, pues, aquí sobre este banco, y escucha las excelentes máximas que voy á enseñarte.

—Pero en resumidas cuentas...

—En resumidas cuentas debo decirte que abusas, que cortas por lo sano, y que en vez de tu delicadeza, de tu reserva y de tu timidez habituales, te portas hoy de modo que la comprometes.

Felipe preguntó levantándose

del banco donde se habia sentado:

—¿De quién quereis hablar, caballero?

—De ella, ¡pardiez! ¿De quién he de querer hablar?

—¿Y quién es ella?

—¡Ah! ¿Creeis acaso que ignoro su escapatoria, ó por mejor decir, la escapatoria que ambos habeis hecho al baile de la Opera?

—Caballero, os protesto que.....

—Vamos, no te alteres; cuanto yo te diga, solo será por tu bien: ¡qué diablo! si no procuras ser mas precavido; un dia ú otro te cogeran, y..... Esta vez por de pronto ya te han visto en el baile... conque ten cuidado, repito, porque lo mismo podrán verte en otra parte.

—¡Que me han visto!

—¡Bah! ¿No llevabas un dominó azul? Responde sí ó nó, categóricamente.

Felipe de Taverney iba á repli-

car á su padre, que se engañaba de medio á medio, puesto que ni habia llevado semejan^{te}te dominó azul, ni habia estado en el baile, ni sabia siquiera á cual queria aludir; pero á ciertos coraz^ones repugna en extremo el defenderse en circunstancias delicadas, porque los que tal hacen, es porque saben que son amados, y porque creen prestar un servicio, defendiéndose, al amigo que les acusa.

— Pero ¿qué adelant^o yo, dijo Felipe para sí, con dar esplicaciones á mi padre? Además, debo procurar ante todas cosas saber lo que ha pasado.

Y esta idea le sugirió la de bajar la cabeza en ademan del culpable que confiesa su culpa.

— Al fin, no puedes negarlo; repuso el viejo con acento de triunfo: ¡Oh! demasiado seguro estaba yo de que eras tú, porque M. de Richelieu que á pesar de sus ochenta y

cuatro años, estuvo en el baile tambien, ha tratado de averiguar quién podia ser el hombre del dominó que daba el brazo á la Reyna, y segun me ha dicho, sobre ningun otro que sobre tí podian recaer sus sospechas: ahora bien; supongo que no me negarás que cuando el mariscal lo dice, sus razones tendrá para ello.

— Concibo muy bien, repuso Felipe con acento glacial, que se tengan sospechas de que era yo el del dominó azul; pero lo que me parece inconcebible y extraordinario, es el que se crea que era la Reyna la pareja que iba conmigo.

— ¡Bah! no parece sino que le quieres hacer á uno tonto: pues que, ¿tan difícil era conocerla habiéndose quitado la careta, como lo hizo? ¡Oh! ¡Lo que es verdaderamente inconcebible, es que tuviera semejante audacia! Preciso es para esto que esa muger se halle loca perdida por tí.

Felipe se ruborizó, y no replicó palabra, porque ya le era imposible sostener por mas tiempo semejante conversacion.

Y si la palabra «audacia» continuó el baron de Taverney, no es adecuada en la ocasion presente, fuerza es convenir en que ha sido una casualidad bien deplorable la que ha hecho que la Reyna fuese reconocida. Procura por lo tanto, amigo mio, andar con pies de plomo, porque no debes ignorar que tienes muchos celosos rivales, y lo son muy temibles. El puesto de favorito de una Reyna, cuando la Reina es el verdadero Rey, es un puesto demasiado envidiable para que no lo apetezcan muchos.

M. de Taverney padre se detuvo á esta sazón para aspirar una bocanada de humo de tabaco, y prosiguió despues:

—Perdóname, hijo mio, la moral severa que me veo precisado á aconsejarte; perdónamela, repito, porque

estoy demasiado reconocido á los favores que la suerte te dispensa, y quisiera impedir á todo trance que el soplo de la casualidad, puesto que es innegable que la casualidad tiene en esto mucha parte, viniese á demoler y á echar por tierra el andamio que tan hábilmente has sabido erigir.

Felipe volvió á levantarse con la frente bañada en sudor y crispados los puños. El pobre jóven se disponia á partir para romper el discurso de su padre, con el mismo recocijo que suele espermentarse en romper las vértebras de una serpiente; detúvole empero un sentimiento de dolorosa curiosidad; uno de esos deseos furiosos é irresistibles de saber el mal, los cuales viénen á ser un aguijon despiadado que tala-dra los corazones llenos de amor y de ternura.

—Pues como te iba diciendo, prosiguió el anciano, principian á tener-

nos envidia, y yo lo hallo eso muy natural; pero desgraciadamente, todavía nos falta bastante para llegar á la altura á que quieres remontarnos. A tí es, hijo mio, á quien está reservada la gloria de sacar el nombre de Taverney de su humilde origen; para ello es preciso ante todo que tengas prudencia, porque de lo contrario abortarán nuestros designios á lo mejor del camino, y no llegaremos nunca allá: lo cual seria ciertamente uná lástima, porque vamos bien, muy bien.

Felipe volvió la cabeza á otro lado para ocultar su profundo disgusto y sangriento desprecio, los cuales daban á sus facciones en aquel instante una espresion, que hubiera sorprendido y asustado quizás al anciano.

— Dentro de algun tiempo, prosiguió el baron de Taverney, animándose por grados, pedirás para tí un empleo honorífico y de importancia,

y para mí una tenencia de Rey en cualquier punto que no esté distante de París, en seguida harás erigir en Pairia el estado de Taverney-Maison-Rouge, y que se me comprenda en la primera promoción de la orden. De este modo podrás ser duque, par, y teniente general del reyno. De aquí á dos años aun no me habré muerto, Dios mediante, y me podrás dar tambien...

— ¡Basta! basta! murmuró Felipe.

— ¡Oh! no; no basta; porque si tú te das por satisfecho con eso, yo no. A ti te quedan aun largos años de vida, y á mí solo me quedan algunos meses: preciso es por lo tanto que me desquite en ellos de la mediania triste y desconsoladora de mi pasado. Por lo demas, no debo quejarme de mi suerte: Dios me concedió dos hijos, y si bien eran muchos para mi escasa fortuna, lejos de ser gravosos á su pa-

dre, espero por el contrario que aliviarán el peso de mi vejez. Verdad es que tu hermano ha sido enteramente inútil para el engrandecimiento de nuestra casa; pero en cambio la vas reparando tú, hijo mio. Tú eres el arquitecto del templo. Veo en tí al héroe de la familia, al gran Taverney. Tú me inspiras respeto á mí mismo, y esto algo significa. Verdad es que tu conducta en la córte es admirable; en extremo admirable. ¡Oh! no recuerdo que haya habido ejemplar de ella.

— ¡Cómo! exclamó el jóven, inquieto de merecer la aprobacion de aquella serpiente.

— La linea de conducta que te has propuesto seguir es soberbia. Sin mostrarte celoso de nadie, dejas el campo libre en la aparienc á todo el mundo, y te mantiene solo en realidad. Comprendo bien que no te guste este lenguaje, per

es la pura verdad.

—No os comprendo, repuso Felipe, cuya curiosidad iba cada vez en aumento.

—Vamos, deja á un lado la modestia: tu conducta es al pie de la letra la misma que siguió M. de Potemkein, cuya buena fortuna admiró el mundo. M. de Potemkein, comprendió que Catalina gustaba de la vanidad de sus amores, y considerando que si la dejaba ir revoloteando á su libertad de flor en flor, era mas que probable que volviera siempre á posarse sobre la mas bella y la mas fecunda, tomó este partido. M. de Potemkein procuraba hacer agradables á los ojos de la Reyna á los favoritos á quienes esta distinguia: presentándolos hábilmente por una parte, y encareciendo su valor, se reservaba por otra su lado vulnerable, y conseguia de esta manera que su soberana se cau-

sara con caprichos pasajeros, sin darla lugar á que se hastiara de él mismo. Asi hizo su reinado eterno é indestructible, solo con preparar el reinado efímero de esos favoritos á quienes se llama irónicamente los doce Césares.

— ¡Oh! todas esas infamias son incomprendibles para mí, murmuraba el pobre Felipe, mirando á su padre con ojos estupefactos.

El anciano continuó imperturbablemente:

— Segun el sistema de Potemkein, has cometido, sin embargo, una ligera falta: aquel hombre célebre jamás abandonaba del todo la vigilancia; pero tú te descuidas demasiado algunas veces. Verdad es que la política francesa es distinta de la política rusa, y yo soy el primero en reconocerlo así.

A estas palabras pronunciadas con una afectacion de malicia, que la hubieran conocido las mas rudas

cabezas diplomáticas, Felipe, que creía que su padre estaba delirando, únicamente contestó con un encogimiento de hombros asaz poco respetuoso.

— Sí, sí, no tienes que negármelo, prosiguió el anciano: ¿piensas, por ventura, que no te he comprendido? Ahora vas á verlo.

— Veámoslo, pues, replicó Felipe.

— Bien está; dijo el baron de Taverney cruzándose de brazos: ¿te atreverás á negarme que estás poniendo el puente de plata á tu sucesor?

— ¡A mi sucesor! repitió Felipe palideciendo.

— ¿Te atreverás á negarme que sabes perfectamente hasta dónde llega la constancia de las ideas amorosas de la Reyna, y que, previendo un cambio de su parte, no quieres ser desbancado ni sacrificado completamente, cosa que suele su-

ceder á la Reyna con frecuencia, puesto que no le es posible amar lo presente y sufrir lo pasado?

—Haced cuenta que mē hablais en hebreo, señor baron.

El anciano se echó á reir, con aquella risa estridentia y fúnebre, como la evocacion de un maléfico genio, la cual hacia siempre á Felipe estremecerse.

—¿Pretendes por ventura hacerme creer que tu táctica no es contemporizar con M. de Charny?

—¿Con M. de Charny?

—Sí, con tu futuro sucesor, con el hombre que podrá desterrarte cuando le toque su turno, como tú puedes hacerlo en la actualidad con MM. de Coigny, de Vaudreuil y otros.

—¡Oh! ¡Basta ya, caballero! exclamó Felipe, cuya sangre se agolpaba violentamente á sus sienas; basta ya, porque me avergüenzo de haber podido escucharos tanto tiem-

po! Tened presente que todo aquel que diga que la Reyna de Francia es una Mesalina, es un infame calumniador.

— ¡Bien, hijo mio, muy bien! exclamó el anciano; apruebo que hables asi, porque ese es el papel que te toca representar en cualquiera otra ocasion; pero en este momento te respondo de que nadie puede oirnos.

— ¡Oh!

— Y en cuanto á M. de Charny ya ves que he penetrado tus intenciones; de consiguiente por hábil que sea tu plan, persuádate de que llegaré á conocerlo: el privilegio de adivinar es de familia en los Taverney. Continúa por lo tanto, mi querido Felipe, alhagando, lisonjeando, y consolando al conde de Charny: ayúdale á pasar de una manera dulce é insensible del estado de yerba al de flor; y no dudes que es un hidalgo que mas tar-

de, cuando llegue á estar en favor, te devolverá cortesmente el favor que le haya hecho.

Y al terminar estas palabras, orgulloso M. de Taverney de la demostracion que acababa de hacer á su hijo de su gran perspicacia, dió una especie de brinco caprichoso, el cual recordaba al jóven de otra época, y á un jóven insolente en la prosperidad.

Felipe le detuvo asiéndole por el manguito, y le dijo, haciendo un visible esfuerzo por reprimir su cólera:

— ¡Sabeis, amigo, que vuestra lógica es admirable!

— ¡Eso es! ¿Vas á incomodarte ahora porque he adivinado tus intenciones? ¡Bah! ya me lo perdonarás, en gracia siquiera de la atencion que me debes. Por otra parte, yo tengo aficion á M. de Charny, y estoy contentísimo de ver el modo con que te conduces con él.

—Haceis muy bien, caballero, porque es tan cierto que vuestro M. de Charny es al presente mi favorito y mi predilecto, como que poco ha acabo de introducirle una cuarta de la hoja de esta espada por el pecho.

Y al pronunciar estas palabras Felipe mostró la hoja de la espada á su padre.

—¡ Hem! exclamó el baron poniéndose hosco al ver los chispeantes ojos de su hijo, y al oír la noticia de su duelo con M. de Charny: ¿has dicho que te has batido con el conde?

—¡ Y que le he dado una estocada!

—¡ Gran Dios!

—Ese es el modo que tengo yo de contemporizar y de alhagar á mis sucesores, añadió Felipe: ahora que lo conoceis á fondo, aplicad vuestra teoría á mi práctica.

Y así diciendo, hizo un movimien-

to desesperado para escaparse.

El anciano le detuvo colgándose de su brazo, y exclamando con ansiedad:

— ¡Felipe! ¡Felipe! dime, por Dios, que te chanceas conmigo.

— Creedlo así si os place; pero cuanto os he dicho es la pura verdad.

El anciano levantó los ojos al cielo, balbuceó algunas palabras sin orden, y separándose de su hijo, se fue corriendo hacia la antecámara, al llegar á la cual exclamó gritando con todos sus pulmones:

— ¡A ver! venga aquí pronto uno que monte á caballo, y que vaya á informarse de la salud de M. de Charny, el cual se halla herido! Que vaya á todo correr, y que no se olvide de decir que soy yo quien lo envia!

— Ese traidor de Felipe, añadió entrando en su aposento, no es hermano de su hermana! Y yo tonto.

de mí, que lo creia corregido ¡Vamos, está visto que en mi familia no hay mas que una buena cabeza... la mia!

EL CUARTETO DE M. DE PROVENCE.

Mientras que todos estos sucesos tenían lugar en París y en Versalles, el Rey, tranquilo como de costumbre, así que supo que su armada había quedado victoriosa, y así que vió el invierno vencido, hallábase en su gabinete entretenido en consultar las cartas geográficas, los mapa-mundi, y los pequeños planos mecánicos, con el ob-

jeto de trazar nuevo rumbo sobre los mares á los navios de Laprouse.

Un ligero golpe dado en la puerta de su cámara vino á sacarle de sus hondas meditaciones.

Casi al mismo tiempo oyó una voz que decia desde fuera:

—¿Puedo entrar, hermano mio?

—¡Oh! en mal hora llega el conde de Provence, dijo el Rey en voz baja, y cerrando un libro de astronomía con grandes estampas que tenia abierto.

Despues añadió en voz alta:

—Pasad adelante.

Al oír estas palabras, penetra en el régio aposento un personaje grueso, colorado, de corta estatura y de ojos vivarachos, cuyo modo de andar era demasiado respetuoso para un hermano, y demasiado familiar para un súbdito.

—Es bien seguro que no me es-

perábais, hermano mio; ¿no es cierto?

—A fé mia que no, repuso Luis XVI.

—¿Os incomoda en este momento mi presencia?

—No; pero supongo que tendreis que hablarme de algun asunto muy interesante.

—Vengo á hablaros de unos rumores tan estraños, tan grotescos.....

—¡Ah! ¡Ah! ¿algun chisme tal vez?

—Precisamente, hermano mio.

—¿El cual os habrá causado diversion.

—Casi estoy por decir que si, aun cuando no sea mas que por su estrañeza.

—¿Será, por ventura, alguna murmuracion contra mí?

—Séame Dios testigo de que no me reiria si asi fuese.

—Entonces será contra la Reyna.

—Figuraos, señor, que me han dicho seriamente, muy seriamente... Apostaria cualquier cosa a que no lo adivináis.

—Hermano mio, desde que mi preceptor me hizo admirar como modelo en su género aquella precaucion oratoria de Mad. de Sevigné, yo no la admiro..... Con que asi..... al grano, hermano mio, al grano.

—A eso voy, hermano, repuso el conde de Provence, un si es no es aturdido con tan brusco recibimiento; dícese por ahí que la Reyna no durmió en palacio la otra noche: ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡ya tiene obra la tal paparrucha! añadió con risa forzada.

—Si eso fuese verdad, repuso el Rey gravemente, seria una cosa bien triste por cierto.

—Pero no lo es, hermano mio; ¿no es así?

—Sin duda que no.

—¿Asi como tampoco que vie-

ron á la Reyna en la puerta de los Reservoirs ?

— Tampoco.

— Y eso dicen que fue aquel mismo dia en que disteis órden de que se cerraran á las once las puertas de palacio.

— ¿ Y qué ?

— Figuraos, hermano mio, que la maledicencia pretende...

— Vamos, ¿ y qué ? ¿ qué tenemos que ver con la maledicencia ? ¿ quién hace caso de semejantes murmuraciones ?

— ¡ Oh , hermano mio ; ese sí que es un verdadero rasgo de magnanimidad ; porque en efecto , ¿ quién va á hacer caso de la maledicencia ? Ese ser incomprendible é impalpable que se llama rumor , pretende que el dia de que yo os hablo , vieron á la Reyna agarrada del brazo del señor conde de Artois á las doce y media de la noche.

— ¿ En dónde ?

— Cuando se dirigian á una casa que tiene el señor conde de Artois detrás de las caballerizas; pues qué, ¿por ventura, no ha oido hablar V. M. de esta mentira tan enorme?

— Sí tal, hermano mio; sí que he oido hablar, porque era preciso que asi fuese.

— ¿Qué quereis decir, señor?

— ¡Bah! ¿no licisteis vos cuanto estuvo de vuestra parte para que llegasen hasta mí aquellos rumores?

— ¿Yo?

— Sí, vos.

— ¿Pues qué es, señor, lo que yo hice?

— Un cuarteto, v. g., que fue impreso en el *Mercurio*.

— ¡Un cuarteto! repitió el conde poniéndose mucho mas colorado aun de lo que lo estaba cuando entró en la real estancia.

— Todo el mundo cree que sois

favorecido por las musas.

—Pero no hasta el punto de...

—De hacer un cuarteto que concluye con el verso siguiente:

*Hélène n' en dit rien au bon roi
Ménélas.*

«Elena nada dijo al buen Rey Menelao.»

—Yo, señor!

—No lo negueis, porque precisamente tengo aquí el autógrafo del cuarteto... y es de vuestra letra... ¡Oh! en poesía podré engañarme, no digo que no; pero en punto á caligrafía, ya sabeis que soy perito.....

—Señor, una locura conduce á otra.

—Señor de Provence, os aseguro que aquí no ha habido locura sino de vuestra parte, y á fé que me sorprende el que un filósofo la haya cometido: daos, pues, por sa-

sisfecho de que dé á vuestro cuarteto la calificación de una locura.

— V. M., señor, se manifiesta conmigo muy duro.

— Os impongo la pena del talion, hermano mio. En vez de componer el tal cuarteto, hubierais hecho mucho mejor en informaros de la conducta de la Reyna en aquella noche, como lo he practicado yo por mí mismo, y entonces, á buen seguro, que en lugar de haber escrito un cuarteto contra ella, y contra mí por consiguiente, hubiéseis escrito para vuestra cuñada un lindo madrigal. A esto me direis que el asunto es árido, y que no inspira nada; pero yo prefiero una mala epístola á una buena sátira. Horacio, vuestro poeta favorito dice lo mismo, si no me engaño.

— Señor, me abrumais con vuestras reconvenciones.

— Y aun cuando no hubiéseis estado tan seguro de la inocencia de

la Reyna, como yo lo estoy, repitió el Rey con firmeza, hubiérais hecho muy bien en volver á leer á vuestro Horacio. ¿No es él quien ha dicho estas hermosas palabras, que voy á repetir, aun quando arriesgue que me digais que estropeo el idioma latino?

*Rectius hoc est:
Hoc faciens vivam melius, sic
dulcis amicis
Occurram.*

«Esto es lo mejor: si lo hago, seré un hombre de bien; seré bueno para con mis amigos.»

Vos, hermano mio, traducireis estos versos con mas elegancia, pero ese es el sentido, si no me equivoco.

Y el buen Rey, despues de dar al conde de Provence esta leccion mas bien con el tono de un padre que con el de un hermano, esperó

á que el culpable emprendiese su justificación.

El conde por su parte permaneció por espacio de algunos momentos meditando la respuesta, mas bien á guisa de un orador que busca escogidas frases, que como un hombre turbado.

—Señor, dijo despues de esta breve pausa; por severa que sea la sentencia de V. M., tengo un medio de disculpa y una esperanza de perdón.

—Decid, hermano mio.

—Si mal no he entendido, me acusais de haberme dejado engañar pero no de haber tenido mala intención.

—Estamos conformes.

—Pues siendo eso así, V. M. que sabe perfectamente que todo hombre está sujeto á error, creerá que no me he dejado engañar sin algun motivo.

—No seré yo hermano mio, quien

se atreva á acusar á vuestro talento, que es verdaderamente grande y superior.

— Pues bien, señor: como yo sé perfectamente que nosotros los príncipes vivimos en una atmósfera impregnada de la calumnia, no digo que lo creo, sino que me lo han dicho.

— Sea en buen hora! pero...

— ¿Quereis hablarme del cuarteto, no es verdad? ¡Oh! tened en cuenta, señor, que los poetas son unos seres muy estra-agantes: ademas de que ¿no vale mas, si bien se mira, responder por una crítica suave que puede pasar por una advertencia, que no frunciendo el ceño? Los conceptos conminadores puestos en verso no ofenden á nadie, señor: no sucede con ellos lo mismo que con los libelos, sobre cuyo abuso es preciso que pida á V. M. que se ponga cuanto antes alguna cortapisa, máxime cuando son por el es-

tilo del que vengo á mostraros yo mismo.

— ¡ Un libelo !

— Sí, señor : y necesito absolutamente que me dé V. M. una orden para encerrar en la Bastilla al miserable autor de tan torpe calumnia.

— ¡ Veámoslo ! exclamó el Rey levantándose bruscamente de su asiento.

— Señor, no sé si debo...

— Ciertamente que sí ; en las circunstancias en que nos encontramos no vendria al caso semejante reserva. ¿ Teneis, pues, ahí el libelo ?

— Si, señor.

— Pues dádmele.

Y al oír esta orden, el conde de Provence sacó del bolsillo un ejemplar de la historia de Etteniotna, prueba fatal, cuya circulacion no habian podido evitar ni el baston de Charny, ni el brasero de Cagliostro.

El Rey echó la vista sobre aquella prueba con la rapidez del hombre hábituado á leer los trozos mas interesantes de un folleto, y exclamó colérico:

— ¡Qué infamia! ¡Oh! es una infamia!

— Ya estais viendo, señor, que ahí se dice que mi hermana ha estado tambien en la cubeta de Mesmer.

— ¡Pues bien! sí, ha estado allí!

— ¡Que ha estado allí! repitió el conde de Provence.

— Sí, con autorizacion mia.

— ¡Oh, señor!

— Pero no es de su presencia en casa de Mesmer de donde yo saco una deducccion que depone contra su prudencia, puesto que yo mismo la di permiso para ir á la plaza Vendome.

— Ah! conque segun eso, V. M. no se lo habia dado para que se eproximase á la cubeta á experimen-

tar por sí misma.....

El Rey dió á esta sazón una furiosa patada sobre el suelo, porque las palabras que el conde acababa de pronunciar llegaron á sus oídos precisamente en el mismo momento en que estaba leyendo el pasage mas insultante para Maria Antonieta; la historia de su presunta crisis, de sus contorsiones, de su desórden voluptuoso, de todo aquello, en fin, que habia hecho Oliva en casa del doctor Mesmer.

—Oh! esto es imposible, exclamó el Rey poniéndose pálido como la muerte. La policía debe saber á punto fijo lo que hay de verdad en esto.

Y tocando la campanilla, dijo al que se presentó á la puerta de la Real cámara:

—Que vayan al momento á decir de mi parte á M. de Crosne, que le estoy esperando.

—Señor, hoy es dia de despa-

cho, y M. de Crosne aguarda á que le llame V. M. en la sala de l'Oeil-Bœuf.

—Pues que entre al instante.

—En ese caso, hermano mio, dijo el conde de Provence con ademan hipócrita, me permitireis que.....

Y se dirigió hácia la puerta, sin concluir la frase.

—No, no; quedaos; le dijo Luis XVI. Si la Reyna es culpable, ningun inconveniente hay en que lo sepais, puesto que sois de la familia; y si es inocente, debeis saberlo tambien, puesto que habeis tenido sospechas de ella.

M. Crosne entró en la estancia, y al ver a M. de Provence con el Rey, empezó por presentar su respetuoso homenaje á los dos mas principales señores del reyno.

Luego añadió dirigiéndose al monarca:

—Cuando V. M. guste, tendré

la honra de presentarle los asuntos que traigo para el despacho.

—Esplicadme ante todo, caballero, dijo Luis XVI, cómo es que se ha publicado en Paris un libelo tan indigno contra la Reyna.

—¿Se refiere V. M. al que habla de la historia de Etteniotna?

—Sí.

—Pues bien; ese folleto lo ha escrito un tal Reteau.

—Eso es! sabéis su nombre, conocéis al autor; pero no le habeis impedido publicar su obra, ni le habeis arrestado despues de su publicacion.

—Señor, nada era mas sencillo que hacer lo segundo: y hasta puedo enseñar á V. M. la órden de arresto que traigo preparada en mi cartera.

—Y entonces, ¿por qué no la habeis puesto en práctica?

M. de Crosne se volvi6 entonces á M. de Provence.

—Permítame V. M. que me retire, dijo este.

—No, no: repuso el Rey: ya os he dicho que os quedaríais; quedaos, pues!

El conde se inclinó respetuosamente.

—Hablad, señor de Crosne; hablad abiertamente y sin reserva alguna: hablad pronto y claro.

—Pues bien, señor: hé aqui en dos palabras lo que ha pasado, replicó el lugar-teniente de policía: yo no he mandado arrestar al folletista, porque antes de dar este paso, era absolutamente preciso que yo tuviese una esplicacion con V. M.

—¡Oh! Ese es precisamente mi deseo.

—Tal vez valdria mas dar á ese folletista un saco de dinero, y enviarle á que lo ahorcáran en otra parte lejos de aqui.

—¿Por que?

— Porque cuando esos miserables escriben alguna mentira, y llega á probárseles, el público los ve azotar y hasta ahorcar, si es menester, con el mayor gusto. Pero cuando desgraciadamente ponen la mano sobre una verdad....

— ¿Una verdad?

M. de Crosne se inclinó con ademán de profundo respeto.

— Sí, ya lo sé; repuso Luis XVI respondiendo al pensamiento de M. de Crosne: la Reyna ha estado efectivamente á ver la cubeta de Mesmer, lo cual, como habeis dicho muy bien, es una desgracia: pero es preciso que sepais que yo le habia dado permiso para ello.

— ¡Oh! señor; murmuró M. de Crosne.

Esta exclamacion de aquel respetuoso súbdito llamó mucho mas la atencion del monarca, que la que habia salido de la boca de su celoso hermano.

—Supongo, sin embargo, señor de Crosne, que la Reyna no se habrá perdido por haber hecho eso.

—Perdida no, repuso M. de Crosne, pero sí creo que se haya comprometido algun tanto.

—Veamos, pues, señor de Crosne, lo que os ha dicho vuestra policía.

—Mi policía, señor, me ha dicho muchas cosas, las cuales, salvo el respeto que debo á V. M., y la veneracion humilde y respetuosa que profeso á la Reyna, están de acuerdo con muchos de los puntos del folleto.

—¿Que están de acuerdo, decís?

—Enteramente de acuerdo, y vais á ver porqué: una Reyna de Francia, que atraida por las extravagancias magnéticas de Mesmer, no tiene reparo en alternar con ciertas gentes de virtud equívoca, y va á su casa vestida como una simple parti-

cular, y sola...

— ¡Sola! exclamó el Rey.

— Si, señor.

— Por fuerza os engañais, señor de Crosne.

— No lo creo así.

— Entonces consistirá en que vuestros informes son inexactos.

— Al contrario, señor; son tan exactos, que puedo dar minuciosos detalles del tocado de S. M. la Reyna, de sus pasos, sus gestos, y sus gritos.

— ¡Sus gritos!

El Rey se puso pálido, y estrujó entre sus manos el folleto.

— Mis agentes, añadió con timidez M. de Crosne, han notado también hasta sus suspiros.

— ¡Sus suspiros! repitió el Rey. ¡Sería posible que la Reyna se hubiese olvidado hasta ese punto!..... ¡Se habrá atrevido á mancillar mi régio honor, y el honor propio de una persona de su sexo!

—Eso es imposible, dijo el conde de Provence; eso seria ya mas que un escándalo, y S. M. la Reyna es incapaz...

—Esta frase, mas bien que una excusa, envolvía una nueva acusacion. El Rey lo conoció así, é irritándose mas y mas con este motivo, dijo al subprefecto de policía:

—¿Insistis creyendo que vuestros informes son exactos?

—¡Ay! demasiado exactos, señor.

—En cuanto á vos, hermano mio, añadió Luis XVI pasándose el pañuelo por su frente bañada en sudor, os debo dar una prueba de lo que he avanzado. El honor de la Reyna es el de toda mi casa, y no lo arriesgo por ende jamás: sabed, pues, que yo di permiso á Maria Antonieta para que fuese á ver la cubeta de Mesmer; pero sabed asimismo que le impuse la condicion

de que llevase en su compañía una persona segura, intachable y hasta santa.

— ¡Ah! exclamó M. de Crosne; si hubiese sido así...

— Ciertamente, dijo el conde de Provence, si la hubiese acompañado una señora como Mad. de Lamballe, por ejemplo...

— Precisamente fue la princesa de Lamballe la persona que yo designé á la Reyna, hermano mio.

— En ese caso, señor, es una desgracia el que S. M. no llevase consigo á la princesa.

— ¡Oh! exclamó el Rey estremeciéndose; si la desobediencia ha sido tal, entonces tendré que obrar como cumple á mi decoro y obraré.

Y exhalando un suspiro que le selló los labios despues de desgarrarle el corazon, el afligido monarca continuó en seguida en voz mas baja:

— Unicamente me queda una du-

da, de la cual nada tiene de extraño que vos no participeis, puesto que no sois ni el Rey, ni el esposo, ni el amigo de aquella á quien se acusa... y esta duda quiero aclararla á todo trance.

Y agitando la campanilla, se presentó en la real cámara el oficial de servicio.

— Ved, dijo á este Luis XVI, si está Mad. de Lamballe en su aposento ó en la cámara de la Reyna.

— Señor, Mad. de Lamballe, repuso el oficial, está paseando ahora en el jardinillo con S. M. la Reyna y con otra dama.

— Id pues á suplicar de mi parte á la princesa que se digne subir aquí al punto.

El oficial partió á ejecutar esta orden.

— Ahora, señores, prosiguió el Rey, tened á bien esperar unos diez minutos, pasados los cuales to-

maré mi resolución.

Y Luis XVI frunció el ceño contra su costumbre, y lanzó sobre los dos testigos de su profundo dolor una mirada casi amenazadora.

Estos permanecieron en silencio, y dando señales evidentes de una tristeza, la cual era verdadera en M. de Crosne y tan afectada en M. de Provence, que hubiera podido comunicarse al mismo Momo en persona.

Un ligero crugido de seda que se oyó entonces al través de la mampara, advirtió al Rey de la llegada de Mad. de Lamballe.

LA PRINCESA DE LAMBALLE.

La princesa de Lamballe penetró en la régia estancia con la frente tranquila, y su belleza, los rizos de su alto peinado que dejaban descubiertas sus sienes, sus cejas negras y delicadas, sus ojos azules, limpidos y rasgados, su nariz recta y del mas puro perfil, sus labios castos al par que voluptuosos, y toda aquella belleza en fin reunida

sobre un cuerpo hermoso sin rival, encantaba é imponía á todos cuantos la miraban.

La princesa esparcía en torno suyo ese perfume de virtud, de gracia y de inmateralidad, que la Valliere derramó antes de su favor y despues de su desgracia.

Cuando el Rey la vió venir tan modesta y con la sonrisa en los lábios, se sintió penetrado de dolor.

— ¡Ah! exclamó interiormente el angustiado monarca: esa boca quizás va á pronunciar ahora mismo un fallo condenatorio, del cual no hay apelacion.

En seguida añadió dirigiéndose á Mad. de Lamballe, y saludándola profundamente:

— Dignaos tomar asiento, princesa.

M. de Provence se acercó á besar á esta la mano.

El Rey se quedó en ademan

meditabundo.

— ¿En qué puedo servir á V. M.? dijo la princesa con la voz de un ángel.

— ¡Ah! señora; lo único que yo deseo obtener de vos es una declaracion; una declaracion precisa y terminante, prima mia.

— Espero vuestras órdenes, señor.

— ¿Qué dia era aquel que fuisteis á París en compañía de la Reyna? Meditadlo bien antes de contestar.

M. de Crosne y el conde de Provence se miraron uno á otro sorprendidos.

— Tened en cuenta, señores, les dijo el Rey reparando en esta mirada, que vos no dudais que á mí me queda todavía alguna duda, y que por consiguiente tengo precision de interrogar.

— Era miércoles, señor, repuso Mad. de Lamballe contestando á la pre-

gunta del monarca.

— Perdonad, prima mia, que vuelva á deciros, continuó Luis XVI, que deseo saber la verdad.

— La sabreis, señor, dirigiéndome cuantas preguntas se os ocurran, dijo sencillamente Mad. de Lamballe.

— ¿Qué fuísteis á hacer en París, prima mia?

— Fuí, señor, á casa de M. Mesmer, el cual vive en la plaza de Vendome.

Los dos testigos se estremecieron al oír estas palabras: el Rey se ruborizó de emocion.

— ¿Sola? preguntó en seguida el monarca.

— No, señor, con S. M. la Reyna.

— ¡ Con la Reyna ! ¿ Habéis dicho con la Reyna ? exclamó Luis XVI tomándole con avidez las manos.

— Sí, señor..

M. de Provence y M. de Crosne se aproximaron estupefactos.

— Si no estoy equivocada , prosiguió Mad. de Lamballe , V. M. dió permiso á la Reyna para ello : asi me lo ha dicho al menos S. M.

— Y S. M. os ha dicho la verdad , prima mia... Al presente... parece-me que ya respiro... porque Mad. de Lamballe no miente nunca.

— Jamás , señor , replicó con dulzura la princesa.

— ¡ Oh ! jamás ! replicó M. de Crosne con la conviccion mas respetuosa. Esto no obstante , permitidme , señor...

— Sí , sí , os lo permito , M. de Crosne ; preguntad , buscad , indagad cuanto querais ; coloco á mi querida princesa en el banquillo , y os la entrego á vuestra disposicion.

— Estoy pronta á responder , repuso Mad. de Lamballe sonriéndose ; pero tened en cuenta , señor , que el tormento está abolido.

— Es cierto ; yo tuve á bien abolirlo para los demas dijo el Rey son-

riendo á su vez, pero no lo he abolido para mí mismo.

—Señora, dijo entonces el subprefecto de policía, dignaos manifestar al Rey lo que hizo S. M. la Reyna en casa del doctor Mesmer, y ante todo el trage que llevaba S. M.

—S. M. llevaba un trage de tafetan de color de perla oscuro, un manton de muselina bordado, un manguito de armiño, y un sombrero de terciopelo color de rosa con grandes cintas negras.

Estas señas eran diametralmente opuestas á las del trage que llevaba Oliva.

M. de Crosne manifestó al oirlas una viva sorpresa, y el conde de Provence se mordió los labios.

El Rey dijo frotándose alegremente las manos:

—¿Y qué hizo la Reyna, así que entró en casa del doctor?

Vuestra magestad tiene razon que

le sobra al preguntar lo que hizo la Reyna *asi que entró* en casa del doctor Mesmer, porque apenas hacia algunos instantes que nos hallabamos alli.....

—¿Juntas?

—Juntas, sí señor. Decia pues, que apenas hacia algunos instantes que habiamos penetrado en el primer salon, en el cual nadie debió vernos, á juzgar por la atencion con que todos los concurrentes contemplaban los misterios magnéticos de M. Mesmer, cuando se aproximó á S. M. la Reyna una señora, la cual le ofreció una careta, suplicándola al mismo tiempo que no pasase adelante.

—Y os detuvisteis en efecto? preguntó vivamente el conde de Provence.

—Sí, amigo.

—¿Y no pasásteis del primer salon? preguntó M. de Crosne.

—No, amigo; no pasamos.

— ¿Y no soltásteis ni por espacio de un cuarto de hora el brazo de la Reyna? exclamó el Rey con un resto de ansiedad.

— Ni siquiera por espacio de un segundo; el brazo de su magestad no dejó ni un instante de estar apoyado en el mio, mientras permanecimos en casa del doctor Mesmer.

— ¡Oh! exclamó entonces el Rey violentamente. ¿qué pensais ahora, M. de Crosne? ¿Qué teneis que decir á eso, hermano mio?

— Que es muy extraordinario, y hasta sobrenatural, repuso el hermano del Rey afectando una alegría, que descubria su despecho mucho mejor de lo que hubiera podido hacerlo manifestando una expresion de duda.

— Aquí no hay nada de sobrenatural, se apresuró á replicar M. de Crosne, á quien el regocijo del Rey inspiraba una especie de re-

mordimiento : lo que acaba de decir la señora princesa, no puede menos de ser la verdad.

— Resulta sin embargo..... dijo M. de Provence.

— Lo único que resulta, monseñor, es que habrán engañado á mis agentes.

— ¿ Hablais con formalidad ? preguntó al subprefecto de policía Mr. de Provence con el mismo estremecimiento nervioso que sentia hacia algunos momentos.

— Con toda formalidad, monseñor ; mis agentes se han equivocado, y su magestad la Reyna ha hecho lo que acaba de decir Mad. de Lamballe, y nada mas. En cuanto al folletista, si bien estoy convencido de que las palabras de la princesa no pueden ser mas verdaderas, creo tambien que ese bergante ha escrito, y voy á enviar la órden por lo tanto para que lo encierren.

Mad. de Lamballe volvia de un

lado á otro la cabeza con la plácida tranquilidad de la inocencia, escuchando sin curiosidad y sin temor.

—Aguardad un momento, Mr. de Crosne, dijo el Rey; tiempo nos queda para mandar prender al folletista si lo estimásemos conveniente: lo que ahora nos interesa es saber quien fué la señora que detuvo á la Reyna á la entrada del salon: ¿Teneis la bondad, princesa, de decirnos quien era esa señora?

— Si no me engaño, S. M. debe conocerla, ó por mejor decir, señor (puesto que yo no miento jamás), S. M. la Reyna la conoce.

— En ese caso, prima mia, ya supondreis que es absolutamente indispensable que yo hable á esa muger; en ella es en quien estriba toda la verdad, ó mas bien la clave del misterio.

— Esa es tambien mi opinion, repuso Mr. de Crosne, hácia el cual se volvio el Rey al pronunciar las

últimas palabras.

— ¡Bah! aquí hay compradrazgo... pensó para sí el conde de Provenza; hé aquí una muger que me hace el efecto del dios de los desenlaces.

Luego añadió en voz alta:

— ¡Os ha confesado la Reyna, prima mia, que conocia en efecto á esa señora?

— S. M. no me lo ha confesado, monseñor, me lo ha dicho.

— Eso mismo quise decir, princesa, perdonad.

— Lo que mi hermano quiere daros á entender, prima mia, añadió Luis XVI, es que si la Reyna la conoce, tambien vos debeis saber su nombre.

— Si que lo sé; el nombre de esa señora es Mad. La Motte de Valois.

— ¡Cómo! ¡Esa intriganta! exclamó el Rey con despecho.

— ¡Esa mendicante! dijo el conde

de Provence; ¡diantre, diantre! poco adelantaremos entonces, porque esa muger es demasiado astuta.

—¿Y, qué importa eso? repuso Mr. de Crosne; procuraremos ser tan astutos ó mas que ella y punto concluido; además de que no hay astucia que valga despues de la declaracion de Mad. de Lamballe. De consiguiente, con una sola palabra del Rey...

—No, no, exclamó Luis XVI con desaliento; estoy ya cansado de ver á la Reyna con tan malas compañías. Su estremada bondad hace que bajo pretesto de la miseria se agrupen en torno suyo cuantas gentes de una reputacion equívoca hay en la infima nobleza del reyno.

—Señor, Mad. de La Motte es real y efectivamente una Valois, dijo Mad. de Lamballe.

—Sea lo que fuere, prima mia, no quiero que ponga aqui los pies; prefiero mas bien privarme del go-

zo inmenso que me hubiera proporcionado la completa absolucion de la Reyna: si, mejor quiero renunciar á este gozo que ver al frente de mi á esa criatura.

— ¡ Y sin embargo la vereis! exclamó la Reyna pálida de cólera, abriendo la mampara del gabinete y mostrándose bella de nobleza y de indignacion á las miradas estupefactas del conde de Provence, el cual la saludó con visible turbacion desde detrás de la mampara, que lo dejó medio oculto al abrirse.

— Sí, la vereis, señor, continuó la Reyna; no se trata ahora de si gustais ó no de esa criatura; lo que hay que tener presente es, que esa muger es un testigo á quien la inteligencia de mis acusadores.....

Y Maria Antonieta lanzó una mirada penetrante á su cuñado.

— Y la franqueza de mis jueces....

Y al pronunciar esta palabra se volvió hácia el Rey y hácia Mr. de Crosne.

—A quien su propia conciencia, en fin, por desnaturalizada que sea, arrancará un grito de verdad. Si, señor, vereis á esa muger, repito; yo, la acusada, pido que se la oiga, y se la oirá.

—Comprended, señora, se apresuró á replicar el Rey, que no es cosa de enviar á buscar á Mad. de La Motte para hacerle la honra de que deponga en pró ó en contra vuestra. No quiero consentir en que se ponga vuestro honor en balanza y en paralelo con la veracidad de esa muger.

—No hay necesidad de enviar á buscar á su casa á Mad. de La Motte, porque se halla aqui.

— ¡Aqui! exclamó el Rey volviéndose con la misma viveza que si hubiese pisado un reptil ponzoñoso; ¡aqui!

—Ya sabeis, señor, repuso la Reyna, que fui á hacer una visita á una muger desgraciada que lleva un nombre ilustre, y que esta visita la hice aquel dia en que se os dijeron tantas cosas.....

Y Maria Antonieta lanzó una mirada fija y penetrante por encima del hombro al conde de Provence, el cual hubiera querido estar en aquel instante cien pies debajo de tierra, pero cuyo semblante, sin embargo, se contraia violentamente por aparentar una espresion tranquila.

—Proseguid, repuso Luis XVI.

—¡Pues bien! aquel dia dejé olvidado un retrato en casa de Mad. de La Motte, y hoy ha venido á traérmelo. De consiguiente ahí está, y.....

—No, no, prefiero darme por convencido.

—¡Oh! pero yo no quedo satisfecha con eso, repuso la Reyna,

y por lo tanto voy á decirla que entre. Ademas de que, por otra parte, ¿á qué viene esa repugnancia? ¿Qué ha hecho? ¿Quién es? Si yo estoy mal informada, sacadme de mi error, y punto concluido. Veamos, pues, Mr. de Crosne; decidnos, vos que todo lo sabéis....

—A decir verdad, respondió el magistrado, ningun rumor ha llegado á mi noticia que sea desfavorable á esa señora.

—¿Cierto?

—Cierto: lo mas que se me ha dicho sobre ella, es que es pobre, y un si es no es ambiciosa.

—Esa ambicion está suficientemente justificada por la noble alcurnia de que descende: por lo tanto, si es eso todo lo que resulta en contra de ella, ningun inconveniente hallo en que el Rey la admita en su presencia para que dé su declaracion.

—Yo no sé á qué atribuirlo, replicó Luis XVI, pero tengo un sentimiento de que esa muger nos ha de acarrear algun disgusto, alguna desgracia quizás ... y esto me inclina á no admitirla.

—¡Bah! ¿quién hace caso de supersticiones? Id á llamarla, princesa, dijo la Reyna á Mad. de Lamballe.

Cinco minutos despues entró Juana en el gabinete del Rey, con ademán entre ruboroso y modesto, á la par que manifestando un aire distinguido en su actitud y hasta en su modo de vestir.

Luis XVI, inespugnable en sus antipatias, habia vuelto la espalda á la puerta, y apoyando los codos sobre el bufete, y puesta la cabeza entre las manos, parecia un extraño en medio de los circunstantes.

El conde de Provence flechaba sobre Juana unas miradas tan moles-

tas, por lo que tenían de inquisitoriales, que si la modestia de aquella hubiese sido real y positiva, se hubiera quedado como petrificada, y no hubiera salido de su boca ni una palabra siquiera.

—Necesitábase, empero, mucho mas para turbar el cerebro de Juana.

Ni los Reyes, ni los Emperadores con sus cetros, ni el Papa con su tiara, y ni las potestades celestes ó las de las tinieblas hubieran producido efecto alguno sobre aquel espíritu de hierro, por medio del temor ó de la veneracion.

—Señora condesa, le dijo la Reyna conduciéndola por detras de la silla donde se hallaba sentado el monarca; dignaos decir palabra por palabra y sin reparo de ningun género, lo que hicisteis conmigo el dia en que fui yo á ver al doctor Mesmer.

Juana permaneció en silencio.

—Vamos, señora, prosiguió la Reyna; no hagais reticencia alguna; decid la verdad lisa y llanamente, formulando vuestras ideas en relieve, y tal como se os vengan á la memoria.

Y Maria Antonieta se sentó en un sillón despues de pronunciar estas palabras, para que no pudiera decirse que trataba de influir con sus miradas en el ánimo de la testigo.

¡Qué papel tan brillante era aquel para Juana, cuya perspicacia habia adivinado que la Reyna necesitaba de ella, y cuya penetracion conoció al vuelo que pesaban sobre Maria Antonieta sospechas, cuya falsedad podia probar sin tener que apelar á una mentira!

Con esta conviccion, cualquiera otra muger en su lugar hubiera cedido al placer de justificar la inocencia de la Reyna, trayendo cuenta exageradas pruebas.

Pero Juana era de una naturaleza tan delicada, tan esquisita y tan fuerte, que se limitó meramente á la sencilla narracion del hecho.

— Señor, dijo al Rey con acento tranquilo; yo fui aquel día á casa del doctor Mesmer por pura curiosidad, como ha ido casi todo Paris, y á fe que aquel espectáculo me pareció asaz grosero. Al poco rato de estar allí hallábame dispuesta á regresar á mi casa, cuando me detuvo la presencia de S. M., á quien tuve la honra de ver la antevíspera en mi humilde aposento sin conocerla, y cuya generosidad me habia revelado su rango. S. M. estaba en el dintel de la puerta de entrada, y cuando distinguí sus facciones augustas, las cuales no se borrarán jamás de mi memoria, parecióme que la presencia de S. M. en aquel sitio, donde se daba un espectáculo de dolencias y sufrimientos, un tanto cuanto ridi-

culos, podia ser peligrosa, y me atrevi á hacérselo presente. Pido humildemente mil perdones á S. M. de haber osado pensar tan libremente de su conducta, pero un rayo de luz, un instinto de muger me impelió á obrar asi: permítame V. M., por lo tanto, que le ruegue, puesta de hinojos á sus plantas que se digae otorgarme su perdon, si he traspasado la línea del respeto que debo á las acciones mas insignificantes de S. M.

Y al terminar estas palabras se detuvo fingiendo una grau emocion, bajando la cabeza, y aparentando con un arte inaudito esa especie de sofocacion que precede á las lágrimas.

Mr. Crosue la creyó completamente, y Mad. de Lamballe se sintió impelida hácia el corazon de aquella muger, la cual parecia ser delicada y tímida, al mismo tiempo que discreta y buena.

Mr. de Provence, por su parte, quedó aturdido.

La Reyna dió gracias á Juana por medio de una mirada, que los ojos de esta solicitaban, ó que, por mejor decir, estaban acechando con socarronería.

—¿Que decís á eso, señor? exclamó María Antonieta, así que Juana cesó de hablar. ¿Lo habeis oido bien?

—Yo no tenia necesidad de la declaracion de esa señora, repuso el Rey sin abandonar la postura que habia escogido á la entrada de Mad. de La Motte en la real estancia.

—Tenga presente V. M., objetó Juana con timidez, que si he hablado ha sido únicamente por obedecer una órden.

—¡Está bien, ya basta! exclamó bruscamente Luis XVI: cuando la Reyna dice una cosa no necesita para probar su veracidad de la confirma-

cion de nadie: asi como tampoco tiene necesidad de buscar la aprobacion de persona alguna, cuando cuenta con la mia.

El monarca se levantó al pronunciar estas palabras, que anonadaron á Mr. de Provence.

La Reyna, por su parte, no se descuidó en añadir á ellas una sonrisa desdeñosa.

El Rey volvió la espalda á su hermano, y se aproximó á besar la mano á María Antonieta y á la princesa de Lamballe.

Luis XVI despidió á esta última pidiéndola perdon por haberla incomodado *para nada*, y echó á andar sin dirigir ni una mirada, ni una palabra á Mad. de La Motte: pero como tenia necesidad de pasar por delante de ella para volver á su sillón, y como temia ofender por otra parte á la Reyna si no manifestaba en presencia suya alguna atencion á una muger á quien aquella se dignaba recibir,

hizo á Juana un ligero saludo, al cual respondió esta sin precipitacion con una reverencia tan profunda, que daba gran valor á la gracia que acababa de dispensársele.

Mad. de Lamballe fue la primera que salió del gabinete: siguióla al punto Mad. de La Motte, á quien la Reyna hizo una seña para que así lo verificara, y María Antonietta salió detrás de esta, cambiando con el Rey una última mirada, en la cual se traslucía una imperceptible espresion de cariño.

Al poco rato oyéronse en el corredor las voces de las tres señoras, las cuales se alejaban hablando entre sí.

—Hermano mio, dijo entonces Luis XVI al conde de Provence; podeis marcharos cuando gustéis, puesto que tengo que despachar el trabajo de la semana con el señor subprefecto de policía. Os doy las mas espresivas gracias por la bondad con

que os habeis prestado á escuchar la plena y brillante justificacion de vuestra hermana, y me complace en extremo el veros tan recocijado como yo lo estoy, que no es poco decir, por este dichoso desenlace. Ahora, M. de Crosne, vamos á nuestro negocio; dignaos, pues, tomar asiento.

El conde de Provence saludó á su hermano con su perenne sonrisa, y cuando cesó de oir á las damas y se creyó libre de una palabra picante ó de una mirada maliciosa, se decidió á salir del gabinete.

EN LA CAMARA DE LA REYNA.

Asi que la Reyna salió del gabinete de Luis XVI, midió la profundidad del peligro que habia corrido, y apreció en su justo valor la delicadeza y reserva que habia empleado Mad. de La Motte en su declaracion improvisada: así como tambien el tacto notable que habia manifestado de hacer alarde de modestia despues del triunfo.

Efectivamente: iniciada Juana de buenas á primeras y por una dicha inaudita en esos secretos íntimos que los cortesanos mas hábiles emplean diez años en alcanzar, y plenamente convencida de la gran importancia que le daba para en lo sucesivo la conducta que habia observado respecto de la Reyna; no dejó traslucir por eso su ventajosa posicion ni por la mas mínima de esas señales casi imperceptibles, que la susceptibilidad orgullosa de los grandes sabe adivinar en el semblante de los inferiores.

Asi es que María Antonieta, en lugar de aceptar la proposicion que le hizo Juana de presentarla sus respetos, y de despedirse de ella, la detuvo por medio de una amable sonrisa, diciéndola:

— Preciso es confesar, condesa, que tuvisteis un pensamiento muy feliz al impedirme entrar con Mad. de Lamballe en casa del doctor

Mesmer, puesto que, como acabais de oír, me han visto, sea en la puerta ó sea en la antecámara, y de aquí han tomado pretesto sin duda para decir que estuve en lo que ellos llaman la sala de las crisis: ¿no es este el nombre que la dan?

— Sí señora, la sala de las crisis.

— Pero ¿en qué consiste, dijo Mad. de Lamballe; que habiendo sabido los concurrentes que la Reyna estaba allí, se han engañado los agentes de M. de Crosne? En mi juicio, ahí está el misterio, puesto que los agentes del subprefecto de policía afirman en efecto que S. M. ha estado en la sala de las crisis.

— Es verdad, dijo la Reyna con ademán pensativo; y lo mas chocante que hay en esto para mí, es que no puedo atribuir á M. de Crosne una dañada intencion, por-

que estoy segura de que es un hombre honrado, y de que me profesa afecto ademas: verdad es que han podido ser sobornados sus agentes, pues que como estais viendo, mi querida Lamballe, tengo enemigos interesados en atormentarme.

—Preciso es, sin embargo, que esos rumores se funden en algun motivo. Dignaos, pues, referirnos algunos detalles, señora condesa.

—Creo lo mismo, añadió la Reyna, puesto que ese infame folleto me representa embriagada, fascinada y magnetizada de tal suerte, que para ello era preciso que hubiese perdido toda la dignidad de nuestro sexo.

—¿Habia en efecto aquel dia en la sala de Mesmer alguna mujer?....

Juana se ruborizó al oír esta pregunta, que volvía á presentar á su imaginacion aquel secreto, una sola palabra del cual podia destruir

su funesta influencia sobre el destino de la Reyna, puesto que al revelarle, perdía la ocasion de poder ser útil en lo sucesivo, y hasta indispensable, si se quiere, á S. M.

Semejante revelacion arruinaba, en su concepto, su porvenir, y por lo tanto se decidió á conservar su reserva como la primera vez, contestando únicamente á la Reyna las siguientes palabras:

—En efecto, señora; en casa del doctor Mesmer habia una muger muy agitada, y la cual dió mucho que hablar por sus contorsiones y por su delirio. Pero esta muger, si no me engaño...

—Esa muger, añadió vivamente la Reyna, os pareció mas bien una muchacha del teatro ó una cortesana, que no una Reyna de Francia; ¿no es eso?

—Ciertamente que sí.

—Bien está, condesa; habeis respondido al Rey de una manera que

me ha agradado en extremo, y quiero recompensároslo hablando yo á mi vez en favor vuestro. Veamos, pues, á qué altura os hallais de vuestros asuntos, y decidme cuando trateis de gestionar para hacer valer vuestros derechos. Pero, si no he oído mal, prinsesa, creo que anda alguno en la mampara.

— La señorita de Taverney, dijo á esta sazón Mad. de Misery, apareciendo á la puerta de la cámara de la Reyna, pide permiso para entrar á ver á V. M.

¡Bah! ¡Habrás visto cumplimentera igual! Antes que faltar á las leyes de la etiqueta consentiría..... ¡Andrea! ¡Andrea, entrad; añadió llamando en voz alta.

— V. M. se muestra conmigo en extremo bondadosa, dijo esta saludando con gracia.

Mad. de La Motte, que reconoció al vuelo en la señorita de Taverney á la otra dama alemana que

fue á socorrerla en compañía de la Reyna, llamó en su auxilio una espresion de rubor y de modestia, con la cual revistió su semblante. La princesa de Lamballe, aprovechando este refuerzo que acababa de recibir la Reyna, se despidió de ella para regresar á Sceaux y á casa del duque de Penthièvre.

Andrea fue á colocarse al lado de Maria Antonieta, y sus ojos tranquilos, al par que investigadores, se fijaron sobre Mad. de La Motte de Valois.

—Aquí teneis, amiga mia, dijo la Reyna á Mad. de Taverney, á aquella señora á quien fuimos á visitar juntas el último dia de yelos.

—Ya la habia yo reconocido, señora, repuso Andrea inclinándose.

Orgullosa Juana, merced á las atenciones que la Reyna le dispensaba, se apresuró á buscar en las facciones de Andrea un síntoma de

celos; pero únicamente descubrió en el semblante de esta la mas completa indiferencia.

Andrea de Taverney, muger tanto mas apasionada que la Reyna, y superior á todas las mugeres en bondad, en generosidad y en talento, si hubiese sido feliz, sabia encerrarse en un impenetrable disimulo, el cual interpretaba la corte por el severo pudor de la Diana virginal.

— ¿Sabeis, Andrea, prosiguió Maria Antonieta, lo que acaban de decir al Rey sobre mí hace un momento?

— Supongo que le habrán dicho todo lo malo posible, replicó Andrea, por la sencilla razon de que no tienen talento bastante para decirle todo lo que hay en vos de bueno.

— Hé ahí una frase, dijo Juana con acento de ingenuidad, mas hermosa que cuantas he oido en toda mi vida. Lo digo, señora, porque

espresa completamente los sentimientos que animan á mi corazón, y los cuales no hubiera acertado jamás á formular de una manera tan elegante mi débil talento.

— Ya os contaré lo que ha pasado, Andrea.

— ¡ Oh ! señora; desgraciadamente lo sé yo, porque M. de Provençe lo ha contado hace un momento delante de una amiga mia.

Hé ahí un medio magnífico, repuso la Reyna con acento de cólera, para propalar la mentira despues de haber rendido homenaje á la verdad. Pero dejemos esto, y volvamos á nuestra condesa, á quien estaba rogando cuando habeis venido que me esplicase su situacion. Veamos, condesa; ¿ quién os protege ?

— Vos, señora, respondió Juana con osadía, puesto que me habeis concedido la honra de besaros la mano.

— Ya veis, Andrea, que tiene corazón, y os aseguro que no me disgustan sus arranques; dijo María Antonieta á la señorita de Taverney.

Andrea no replicó palabra.

— Señora, prosigió Mad. de La Motte, V. M. no podrá menos de conocer que mientras he estado oculta en la oscuridad de la pobreza, pocas habrán sido las personas que se hayan dignado protegerme; pero ahora que ya me han visto una vez siquiera en Versalles, todo el mundo se disputará acaso el derecho de congradarse con la Reyna, distinguiendo á una pobre muger á quien V. M. se ha dignado honrar con sus miradas.

— ¡Cómo! ¿ es posible, preguntó la Reyna, que no haya habido ninguno bastante generoso ó bastante corrompido para protegeros solo por vos misma?

— En algun tiempo, respondió Jua-

na, hallé en Mad. de Boulainvilliers una protectora asaz generosa, y posteriormente tambien encontré en su hijo un protector asaz corrompido.... Pero despues de mi casamiento... ¡ Oh! nadie, absolutamente nadie ha querido interesarse por mí! ¡ Ah! perdonad, señora; me habia olvidado de un hombre modelo de galanteria, de un príncipe generoso...

— ¡ Un príncipe, condesa! ¿ Cuál?

— El señor Cardenal de Rohan.

— ¡ Cómo! ¡ mi enemigo! exclamó la Reyna sonriéndose, y volviéndose con viveza hácia Juana.

— ¡ Llama V. M. enemigo suyo al Cardenal de Rohan! exclamó Juana. ¡ Oh! Señora!

— Cualquiera creeria, condesa, que os sorprende el que una Reyna tenga enemigos. ¡ Ay! ¡ Cómo se conoce que no habeis vivido en la corte!

— Perdonad, señora; pero si no estoy equivocada, el Cardenal ado-

ra en V. M., y el respeto que profesa á la augusta esposa de su Rey es tan grande al menos como su rendida abnegacion.

— ¡ Oh ! en parte , tal vez tengais razon , condesa , repuso María Antonieta entregándose á su alegria habitual, creo , en efecto, que el Cardenal adora en mí.

Y al pronunciar estas palabra se volvió hácia la señorita de Taverney soltando una estrepitosa carcajada.

— Eso es , condesa , eso es , añadió en seguida ; el Cardenal de Rohan adora en mí , y por eso precisamente es mi enemigo.

Juana de La Motte aparentó la sorpresa de una provinciana.

— ¡ Ah ! ¿ conque sois la protegida del principe y arzobispo Luis de Rohan ? continuó la Reyna ? vamos , condesa , contadnos eso.

— Es la cosa mas sencilla del mundo , señora ; su escelencia me ha so-

corrido, procediendo de la manera mas delicada y magnánima, al par que con la generosidad mas ingeniosa.

—Muy bien; dijo á esta sazón la Reyna: el príncipe Luis es pródi-go y tiene dadas de ello hartas pruebas; pero ¿no opinais, Andrea, como opino yo, que pudiera suceder muy bien que su eminencia adorase tambien en esta condesa tan linda? Vamos, Mad. de la Motte, ¿que decís á esto?

Y Maria Antonieta volvió á reir de tan buena gana, que no era bastante á contener su hilaridad el grave y serio aspecto de Mad. de Taverney, la cual no correspondia por su parte á las estrepitosas carcajadas de su señora.

—No es posible, pensó Juana para sí, que esta alegría tan bulliciosa sea facticia. Veámoslo sin embargo.

—Señora, prosiguió luego en voz

alta y con grave acento, puedo asegurar á V. M. que el príncipe de Rohan.....

—Está bien, está bien, dijo la Reyna interrumpiendo á la condesa: puesto que manifestais tanto celo en su defensa..... y os mostrais tan amiga suya.....

—Oh! señora, repuso Juana con una espresion deliciosa de pudor y de respeto.

—Basta, querida mia, basta, repuso la Reyna con una dulce sonrisa; preguntad, sin embargo, á su eminencia lo que ha hecho de los cabellos que me hizo robar por medio de cierto peluquero, á quien le salió cara la gracia, puesto que le despedí de mi servicio.

—Vuestra magestad me sorprende en extremo, dijo Juana. ¡Cómo! ¿Es posible que se haya atrevido á semejante cosa M. de Rohan?

—¡Bah! y tan posible; como que todo es efecto de su adoracion; ami-

ga mia. Despues de haberme execrado en Viena , y de haber empleado cuantos recursos tuvo á su alcance para tratar de romper el proyectado casamiento entre el Rey y yo, se acordó un dia de que yo era mi-ger, y su Reyna por añadidura ; de que él , habilísimo diplomático , se habia conducido en aquella ocasion como un chiquillo de la escuela , y de que , por lo tanto , no correria bien conmigo. Este querido príncipe , temiendo entonces por su porvenir , ha hecho lo que suelen hacer todas las gentes de su profesion, las cuales acarician con mas extremos á aquellos que mas miedo les inspiran , y confiando en mi juventud , y creyéndome vana y tonta , ha querido echársela conmigo de Celadon. Despues de los suspiros , y del aire de languidez peculiar de todos los enamorados , se ha lanzado , como deciais ha poco , á adorar en mí. ¿ No es verdad , Andrea , que me

adora ?

— Yo , señora... exclamó esta inclinándose.

— Vamos , ya veo que tampoco Andrea quiere comprometerse ; pero yo no temo ese riesgo , porque para algo bueno ha de servir una corona. Quedamos , pues , condesa , en que el Cardenal me adora : ¿ no es esto ? Ahora bien , decidle de mi parte que yo tampoco le quiero mal.

Estas palabras , que contenian una amarga ironía , conmovieron profundamente el agangrenado corazon de Juana de La Motte.

Si la descendiente de los Valois hubiera sido verdaderamente noble , pura y leal , no hubiera visto en aquellas mas que ese supremo desden de la muger de corazon sublime , ese desprecio completo que suelen manifestar las almas superiores por las intrigas subalternas que se agitan en una esfera inferior á la en que ellas

están colocadas. Esta clase de mugeres, estos ángeles tan raros, no defienden jamás su reputacion de las asechanzas que se les tienden en la tierra, porque no quieren sospechar siquiera ese fango en el cual se mancillan, esa liga, en la cual dejan las mas brillantes plumas de sus doradas alas.

Juana, de una naturaleza vulgar y corrompida, atribuyó á despecho la manifestacion colérica de la Reyna contra la conducta del Cardenal de Rohan, acordándose sin duda de los rumores escandalosos de la corte, que habrán corrido desde el salon del Oeil-de-Bœuf de palacio hasta los mas retirados barrios de París, y los cuales habian hallado tanto eco.

El Cardenal, amante de las mugeres por su sexo únicamente, habia dicho á Luis XV, quien las amaba del mismo modo, que la Delfina no era mas que una muger incompleta,

y demasiado sabidas son para que nosotros creamos necesario repetir-las, las frases singulares que pronunció Luis XV á propósito del casamiento de su nieto, y sus preguntas á cierto embajador estremadamente cándido.

Pero Mad. de La Motte, muger en toda la estension de la palabra, desde los pies á la cabeza, vana y presuntuosa en grado heróico y eminente, y muger, en fin, que sentia la necesidad de agradar y de vencer por medio de sus dotes, no podia comprender que hubiese en el mundo otra persona de su sexo que pensase de distinta manera que ella en materias tan delicadas. Su Magestad está despechada, se dijo interiormente; luego si hay en ella despecho, tambien debe de haber otra cosa.

Y reflexionando entonces que el choque engendra la luz, se puso á defender á M. de Rohan, con toda

la curiosidad y todo el talento de que la naturaleza, pródiga con ella como una buena madre, la habia dotado largamente.

La Reyna la escuchaba sin replicar palabra, y esto la indujo tambien á exclamar para sí:

—; Ah! escucha con atencion!... bueno.

Pero la condesa, engañada por su maliciosa inclinacion, no habia notado que María Antonieta únicamente la escuchaba por generosidad, puesto que en la corte es costumbre el que nadie se atreva á hablar bien de aquellos de quienes el amo piensa mal.

Esta infraccion nueva de las antiguas tradiciones, esta derogacion de los hábitos de palacio, complacian en extremo a la Reyna, la cual se creia casi feliz al escuchar á Mad. de La Motte. María Antonieta creia ver un corazon, allí donde la Providencia no habia colocado mas que

una esponja árida y alterada.

La conversacion continuó por bastante rato bajo el mismo pie de intimidad benévola por parte de la Reyna; Juana, sin embargo, parecia estar en ascuas y muy turbada, porque no veia la posibilidad de salir de allí, sin que María Antonieta se dignase despedirla; á esta sazón oyóse en el gabinete inmediato una voz jóven, alegre, bulliciosa, y la Reyna exclamó:

— ¡ Ahí está el conde de Artois!

Andrea se puso en pie al oír estas palabras, y Juana se dispuso para partir; pero el príncipe penetró tan súbitamente en la cámara de la Reyna, que la marcha de aquella habia llegado á ser casi imposible. Mad. de La Motte, sin embargo, hizo lo que en lenguaje teatral se llama designar una salida.

El príncipe se detuvo al ver á aquella muger tan linda, y la sa-

ludó cortesmente.

—La señora condesa de La Motte, dijo la Reyna, presentando á Juana al conde de Artois.

— ¡ Ah! ah! exclamó entonces el príncipe, dirigiéndose á esta: sentiria mucho, señora condesa, que os marchárais porque he llegado yo...

La Reyna hizo á Andrea una seña, y esta detuvo á Juana.

Aquella seña queria decir: «Yo tenia que hacer algo por Mad. de La Motte, y no he tenido tiempo para ello; aplacémoslo, por lo tanto, para mas tarde.

—Veo que habeis vuelto ya de vuestra cacería de lobos, dijo en seguida María Antonieta alargando la mano al conde de Artois, segun la moda inglesa que empezaba ya á introducirse en la corte en aquella época.

—En efecto, hermana mia, respondió el príncipe; y á fe que he

hecho una buena caza, enorme, puesto que he muerto nada menos que siete lobos.

— ¡Cómo! ¿por vuestra propia mano?

—No estoy muy seguro de ello, respondió riéndose el conde de Artois; pero así me lo han dicho los que me acompañaban. Por de pronto, hermana mía, en lo que no cabe la menor duda es en que he ganado setecientas libras.

— ¡Bah! ¿por qué?

—Porque cada cabeza de esos animalitos horribles se paga á ese precio; carillas son, convengo en ello; pero yo os aseguro que daría de muy buena gana doscientas por cada cabeza de folletista. ¿Y vos, hermana?

—Ah! exclamó la Reyna, ¿conque, según eso, también vos sabeis ya la historia?

—M. de Provence me la ha contado.

—Y va de tres, repuso María Antonieta: se conoce que *Monsieur* es un narrador intrépido, infatigable. Vamos, hermano, referidnos la manera con que os ha contado eso el bueno de M. de Provence.

—Me lo ha contado de modo, que apareceis mas blanca que el armiño, mas blanca que Venus Aphroditis, mas que... hay ademas otro nombre que acaba en *ene*, el cual podrian esplicaros los sábios... mi hermano de Provence, por ejemplo.

—De consiguiente, supongo que tambien os habrá contado la aventura.

—¿La del folletista? Sí, hermana mia, de la cruz á la fecha; pero en honor de la verdad debo decir que la honra de V. M. ha salido ilesa de sus labios: podria añadir, si fuese mi ánimo hacer un retruécano como los que M. de Bievre hace á cada paso, que el asuns-

to de la cubeta habia sido lavado.

— ¡Oh! ¡Qué juego de palabras tan atroz!

— Vamos, hermana mia; no vayais á maltratar á un paladin que venia á poner su brazo y su lanza á vuestra disposicion. Felizmente no teneis necesidad de nadie. ¡Ah! ¡Hermana! ¡Qué dichosa sois!

— ¡Cómo! ¿A eso llamais dichosa? ¿Qué os parece, Andrea?

Juana se echó á reir, y el conde que no separaba de ella los ojos la animaba para que se riera mas. La Reyna hablaba á Andrea, y respondia Juana.

— Sí, es una dicha, repitió el conde de Artois, por que en resumidas cuentas, podria suceder muy bien, mi muy querida hermana, primero, que Mad. de Lamballe no hubiese estado con vos.....

— ¡Cómo! ¿Queriais acaso que hubiese ido sola?

— Segundo; que Mad. de La Mot-

te no os hubiese encontrado allí, para advertiros que no entrárais....

— ¡Ah! ¿Sabeis tambien que la señora condesa estaba allí?

— Hermana mia, cuando el señor conde de Provence se pone á contar, no perdona ni una coma. Decia, pues, que pudo muy bien haber sucedido, finalmente, que Mad. de La Motte no se hubiera hallado tan á tiempo en Versailles, para prestar su declaracion. Sin duda alguna vais á decirme que la inocencia y la virtud son como la violeta, hermana mia, se hacen ramilletes cuando se logra encontrarla, y se tira despues de haber aspirado su perfume.

— Hé aquí mi moral.

— ¡Y á fé que es buena!

— Yo la tomo tal como la encuentro, y os he probado con ello que habeis tenido harta dicha.

— Muy mal probado.

— ¿Es preciso que lo pruebe mejor?

—No será supérfluo.

— ¡Pues bien! sois injusta en acusar á la fortuna, prosiguió el conde, haciendo una especie de pirueta para ir á dejarse caer sobre un sofá que estaba inmediato el sillón de la Reyna; sí, repito que sois injusta con ella, porque al fin, ya que conseguisteis librar perfectamente de la escapatoria del cabriolé...

—Una; dijo la Reyna contando por los dedos.

—De la cubeta de Mesmer...

—Pse; corriente; quiero contarla tambien. Van dos: ¿Y luego?

—Y del asunto del baile, le dijo al oído el conde de Artois.

—¿De qué baile?

—Del baile de la ópera.

— ¡Calla! ¿De veras?

—Sí, hermana mia, sí; del baile de la ópera.

—No os comprendo.

— ¡Bah! ¡qué majadero he sido,

esclamó el conde de Artois, en ir á hablaros de un secreto!

— ¡De un secreto! en verdad, hermano mio, que al oiros hablar del baile de la ópera, creo que me estais dando un bromazo.

Las palabras *baile y ópera* hirieron tan fuertemente el oido de Juana, que redobló su atencion.

— ¡Punto en boca, puesto que asi lo quereis por lo visto! dijo el príncipe.

— No, no; todo lo contrario, replicó la Reyna: espliquémosnos clara y rotundamente. Hace poco, me habeis hablado de un asunto de la ópera: ¿qué asunto es ese?

— Imploro vuestra piedad, hermana mia.

— Pero yo, conde, insisto en querer que me lo digais todo.

— Y yo, hermana mia, en callar.

— ¿Quereis por ventura desobligarme?

—Dios me libre de semejante cosa ; pero parece me que he dicho lo bastante para que podais comprenderme.

—Yo creo por el contrario que no habeis dicho nada.

—Vamos , francamente, hermana mia ; ¿ no es verdad que me estais embromando ? Confesadlo de buena fe.

—Os aseguro bajo mi palabra de honor que no me chauceo.

—¿ Quereis , segun eso , que hable ?

—Alto , claro y pronto.

—Pero supongo que no quereis que lo haga en este sitio ; añadió el conde , señalando á Juana y Andrea.

— ¡ Si , sí , aqui mismo ! replicó la Reyna ; jamás sobra la gente cuando se trata de una esplicacion de ese género.

—Mirad lo que haceis , hermana mia !

—No importa; quiero correr el riesgo.

—Sea, puesto que así os place. ¿No estuvisteis en el último baile de la ópera?

—¡Yo! exclamó la Reyna: ¡yo en el baile de la ópera!

—¡Chit! hablad bajo, por Dios.

—¡Oh! no, no; todo lo contrario, hermano mio; hablemos tan alto, que hasta nos oigan los sordos, si es preciso.... Deciais, pues, que yo estuve en el baile de la ópera!

—Ciertamente que sí.

—¿Y quizás me veriais vos mismo, no es eso? prosiguió María Antonieta con ironia, pero conservando aun su aire de chanza.

—Ya se vé que sí; repuso el príncipe.

—¡A mi! ¡á mi!

—Sí, á vos ¡á vos!

—Un poco grave me parece eso.

—Precisamente eso mismo fue lo que me dije yo.

—¿Y por qué no añadís también que me hablásteis? Eso sería aun mucho mas divertido.

—Iba á hacerlo, cuando nos separó una oleada de máscaras que se interpuso entre nosotros.

—¿Estais loco?

—Debía haber presumido que me diriais eso: de consiguiente yo tengo la culpa por haberme espuesto á recibir semejante contestacion.

La Reyna se levantó al oir estas palabras, y dió dos ó tres vueltas por la cámara con agitados pasos.

Andrea estaba temblando de temor y de inquietud.

Juana se clavaba las uñas en la carne para guardar un buen continente.

La Reyna suspendió al fin sus paseos, y dijo al principe:

—Vamos, amigo mio, basta ya de chanzas: tengo un carácter tan destestable, que, como acabais de

ver, ya iba perdiendo la paciencia: confesad pronto, por lo tanto, que no habeis tenido otro objeto que divertirnos á mis espensas, y me creeré feliz.

—Si asi os place, hermana mia, ningun inconveniente tengo en confesaroslo.

—¡Oh! hermano mio; hablad con formalidad.

—Con formalidad hablo, hermana mia.

—Entonces decidme que sois vos quien ha forjado ese cuento: ¿no es verdad?

El principe miró á las damas: Y luego dijo guiñando el ojo á la Reyna:

—Sí, hermana, yo soy en efecto quien lo ha forjado: dignaos perdonarme esta falta.

—¡Oh! no me habeis comprendido, exclamó la Reyna con vehemencia: lo que yo digo es que digais francamente y en presencia de

estas damas si habeis forjado ó no ese embuste: decidlo sin mentir y sin guardarme consideracion de ningun género.

Andrea y Juana fueron á ocultarse detrás de un tapiz de los Gobelins.

— ¡ Pues bien ! hermana ! dijo el príncipe en voz baja : ahora que nadie nos oye , os repetiré que os he dicho la verdad.

— ¡ Cómo ! ¿ Es decir que me habeis visto en el baile de la ópera ?

— Como os estoy viendo ahora ; y apostaria cualquier cosa que vos me habeis visto tambien.

La Reyna dió un grito al oír estas palabras, llamó á Juana y á Andrea , corrió á buscarlas detrás del tapiz , y asiendo á cada una de una mano las condujo rápidamente á donde se hallaba el conde.

— Señoras, les dijo, el señor conde de Artois afirma que me ha visto en la ópera.

— ¡Oh! murmuró Andrea.

— Ya no es tiempo de retroceder, continuó la Reyna; de consiguiente procurad probar.....

— Ya que así lo quereis, sea; repuso el príncipe. Yo me hallaba en el indicado baile con el mariscal de Richelieu, con M. de Calonne, y con.... en fin, con otra porcion de ellos, cuando se os cayó la carreta.

— ¡Cuando se me cayó la carreta!

— Sí tal, hermana mia; y por cierto que entonces fue cuando yo quise acercarme á deciros que aquello era ya mas que una temeridad; pero no pude conseguirlo, porque desaparecisteis como un relámpago, impelida por el caballero en cuyo brazo os apoyábais.

— Impelida por un caballero!..... pero ¡Dios mio! sin duda quereis volverme loca.

— Sí; por un caballero que lle-

vaba dominó azul; añadió el príncipe.

La Reyna se pasó la mano por la frente, y dijo en seguida:

— ¡Y qué día era eso?

— El sábado; es decir, la víspera del día en que me fui de caza; aquella mañana estábais durmiendo cuando yo salí, y no pude deciros lo que acabais de oír hace un momento.

— Pero ¡Dios mio! Dios mio! prosiguió la Reyna; ¿qué hora sería sobre poco mas ó menos cuando me visteis?

— De dos á tres de la madrugada.

— Vamos, no cabe duda alguna en que uno de nosotros dos está loco.

— Seré yo, hermana mia..... me habré yo engañado, y... en resumidas cuentas.....

— ¡Qué?

— Que no teneis por qué tomar-

lo tan á pechos... puesto que nadie mas lo ha sabido..... En un principio creí que era el Rey quien os acompañaba, pero despues oí á este personage hablar aleman y el Rey no sabe mas que el inglés.

—Aleman, un aleman. ¡Oh! tengo una prueba, hermano mio, que destruye completamente todas las vuestras, y es, que el sábado me acosté á las once de la noche.

El conde saludó á Maria Antonieta sonriéndose, y á guisa de un hombre incrédulo.

La Reyna tocó una campanilla, y añadió, dirigiéndose á su hermano.

—Mad. de Misery va á deciroslo.

El conde se echó á reír, y repuso en seguida:

—¿Por qué no llamais tambien á Lorenzo, al suizo que cuida de la puerta de los Reservoirs? Tambien ese podria declarar. Vamos,

vamos, hermana mia, acordaos de que fui yo, quien fundió esa bateria; no querais, pues, ahora dispararla contra mí.

— ¡Oh! exclamó la Reyna con rabia; ¡conque es decir, que no he de ser creida!

— Yo os creeria con la mejor buena fe del mundo, si no os pusieseis tan colérica. Pero no es culpa mia, si, á mi pesar, me veo precisado á ser inerédulo. Ademas de que poco adelantariamos con que yo dijese que sí, puesto que otros dirian que no.

— ¡Otros! ¿Qué otros?

— ¡Pardiez! Los que os vieron tan bien como yo.

— ¡Ah! ¡soberbio! ¿conque tambien me vieron algunos mas? Perfectamente: mostrádmelos.

— Ahora mismo..., ¿Está por ahí Felipe de Taverney?

— ¡Mi hermano! exclamó Andrea.

—Sí, señorita, vuestro hermano era otro de los que se hallaban allí: ¿quereis, hermana mia, que se le interrogue?

—Lo deseo vivamente.

—¡Dios mio! murmuró Andrea.

—¡Cómo! exclamó la Reyna.

—¡Mi hermano, llamado á declarar sobre ese punto.

—Sí, sí, repuso la Reyna; lo deseo vivamente, lo quiero así.

Y llamando para dar orden de que fueran á buscar á Felipe de Taverney, salieron de palacio algunos comisionados para ejecutar esta orden, y se dirigieron á casa del baron, á quien Felipe acababa de dejar despues de la escena que hemos descrito ya.

Felipe, dueño del campo de batalla despues de su duelo con Charny; Felipe, que acababa de prestar un servicio á la Reyna, marchaba á la sazón alegremente con direccion al palacio de Versalles,

y habiéndole hallado en el camino los que de orden de la Reyna habian ido á buscarle, aceleró el paso asi que le comunicaron esta orden.

María Antonieta salió á su encuentro cuando distinguió sus pasos, y colocándose frente á frente con él le dijo:

— Veamos, caballero, si sois capaz de decir la verdad.

— Sí, señora; soy tan capaz de decir la verdad como incapaz de mentir, repuso este.

— En ese caso, decid..... decid francamente, si... si me habeis visto en algun parage público de ocho dias á esta parte.

— Sí señora, respondió Felipe.

Los corazones de los circunstantes latian tan fuertemente, que hubieran podido oirse sus golpes.

— ¿Y dónde me habeis visto? preguntó la Reyna con voz terrible.

Felipe no respondió palabra.

— ¡ Oh ! caballero : hablad sin consideracion de ninguna especie : aqui teneis á mi hermano , el cual acaba de decirme que me vió en el baile de la ópera : ¿ fue alli tambien donde vos me habeis visto ?

— Exactamente , señora .

La Reyna cayó entonces sobre el sofá , como anonadada .

Acto continuo dijo levantándose como una pantera herida :

— Es imposible que me háyais visto , puesto que no estaba alli . Tened presente , M. de Taverney , que he llegado á notar que tomais aqui el aire de un puritano ; mirad lo que haceis , porque eso podria ser muy bueno en América con M. Lafayette ; pero en Versalles , somos franceses , y corteses , y sencillos por añadidura .

— V. M. está atormentando á M. de Taverney , dijo Andrea , pálida de cólera y de indignacion , perdóne-

me, pues, V. M. que le haga presente que si mi hermano dice que ha visto, es señal de que real y efectivamente vió.

— Vos tambien! exclamó María Antonieta; tambien vos vais contra mí, Andrea! Solo falta ya que digais como el mio, y como vuestra hermana, que me habeis visto. Preciso es confesar ¡pardiez! que si tengo amigos que me defiendan, tengo tambien enemigos que me asesinen. Pero un solo testigo, señores, no hace prueba plena.

— Precisamente me haceis recordar en este momento, prosiguió el conde de Artois, que en el instante en que os estaba mirando, y en que me desengañé que el del dominó azul que os acompañaba no era mi hermano Luis, me figuré que era el sobrino de M. de Suffren. ¿Cómo se llama aquel bizarro oficial, que dió felice cima á la hazaña de la bandera? Lo recibisteis tan bien el otro

dia, que creí que era él vuestra pareja la noche del baile.

La Reyna se ruborizó al oír estas últimas palabras, y Andrea se puso pálida como la muerte. Ambas se miraron entonces recíprocamente, y se estremecieron de encontrarse así.

Felipe contestó poniéndose lívido:

—Se llama Mr. de Charny.

—¡Charny! eso es; continuó el conde de Artois; ¿no es verdad, Felipe, que el modo de andar de él del dominó azul tenía cierta analogía con el de Mr. de Charny?

—No lo he notado, monseñor, dijo Felipe sofocándose.

—Pero tardé muy poco en convencirme de que me había engañado, prosiguió el conde de Artois, puesto que Mr. de Charny se ofreció repentinamente á mis ojos. Este joven, hermana mia, se hallaba allí, inmediato á vos, y cerca de Mr. de

Richelieu, cuando se os cayó la carreta.

—¿Y tambien me vió? exclamó la Reyna imprudentemente.

—Tambien, repuso el príncipe, á ménos que no sea ciego.

La Reyna hizo un gesto de desesperacion, y agitó nuevamente la campanilla.

—¿Qué haceis? le preguntó el príncipe.

—Quiero interrogar tambien á Mr. de Charny, y apurar el cáliz hasta la última gota.

—No puedo creer que Mr. de Charny se halle en Versalles, murmuró Felipe.

—¿Por qué?

—Porque... porque, si no me engaño me han dicho que se hallaba indispuerto.

—¡Oh! el asunto de que se trata, caballero, es demasiado grave, para que deje yo de mandarlo á buscar. Yo tambien me hallo bastan-

te indispuesta, y sin embargo iria descalza hasta el cabo del mundo, si preciso fuese, para probar...

Felipe se aproximó con el corazon desgarrado á su hermana Andrea, que estaba asomada á la sazón á una ventana y la cual dejó escapar un grito.

—¿Que es eso? preguntó la Reyna, adelantándose hácia la señorita de Taverney.

—Nada, no es nada... pero decian que Mr. de Charny se hallaba enfermo, y lo estoy viendo desde aqui.

—¿Que lo estais viendo? exclamó Felipe corriendo á asomarse tambien.

—Sí; estoy segura de que es él.

La Reyna, olvidándose de todo, abrió la ventana con un vigor extraordinario, y gritó:

—¡Caballero de Charny!

A esta voz volvió el caballero la cabeza, y aturdido de sorpresa se dirigió hácia el palacio.

LA COARTADA.

Mr. de Charny entró en la cámara de la Reyna con el semblante un poco pálido, pero con paso tranquilo y sin señal alguna que revelase su sufrimiento.

Al aspecto de aquella reunion de personas tan ilustres, tomó el continente respetuoso y grave del hombre de buen tono y del soldado.

—Mirad lo que haceis, hermana

mia, dijo por lo bajo el conde de Artois á la Reyna, porque, en mi concepto, interrogais á demasiadas gentes.

—Interrogaria al mundo entero si preciso fuese, hasta encontrar uno que me diga que os habeis engañado.

Durante este tiempo, Charny distinguió á Felipe, y lo saludó cortesmente.

—¡ Oh! Sois un verdugo de vuestra salud, dijo por lo bajo Felipe á su adversario. ¡ Salir de casa, estando herido! Vamos sin duda teneis ganas de moriros.

— ¡ Bah! no se muere tan asi como quiera, y mucho menos de resultados del rasguño de una rama del bosque de Bolonia, replicó Charny gozoso de volver á su enemigo una picadura moral, mas dolorosa que la herida que este le habia hecho con su espada.

La Reyna se aproximó á los dos

interlocutores, y puso fin con su presencia á este coloquio], que habia sido mas bien un doble aparte, que un diálogo.

— Veamos, M. de Charny, dijo la Reyna dirigiéndose al joven marino; estos señores afirman que estuvisteis en el baile de la ópera.

— Es cierto, señora, respondió Charny inclinándose.

— Decidnos, pues, lo que visteis allí.

— ¿Vuestra magestad me pregunta lo que he visto, ó á quién he visto?

— Eso precisamente, á quien habeis visto, y tened entendido, caballero de Charny, que no quiero que hagais alarde de discrecion, ni que hagais uso de ninguna reticencia complaciente.

— ¿Es preciso decirlo todo, señora?

Las mejillas de la Reyna vol-

vieron á cubrirse con la misma palidez que aquella mañana habia reemplazado ya diez veces lo menos á su rubor febril.

—Pues en tal caso, señora, y comenzando por órden de gerarquía, y segun la ley que me marca mi respeto, prosiguió M. de Charny, diré á V. M. que.....

—Que me visteis ahí, ¿no es eso?

—Precisamente; ví á V. M. en el instante mismo en que por desgracia se le cayó la careta.

Maria Antonieta estrujó entre sus manos nerviosas el encage de su pañoleta.

—Mirad bien lo que decís, repuso la Reyna con una voz en la cual hubiera adivinado el observador inteligente que se agolpaban á sus lábios suspiros prontos á exhalar.

—Las facciones de V. M., señora, están grabadas en los corazones de todos sus súbditos, respondió

Charny, y el que ha visto á V. M. una vez, es lo mismo que si la estuviera viendo constantemente.

Felipe miró á su hermana al oír estas palabras, y Andrea por su parte, clavó tambien sus ojos en los de Felipe. Aquellos dos dolores, aquella recíproca pasion celosa constituyó entre los dos hermanos una dolorosa alianza.

—Caballero, repitió la Reyna, aproximándose á M. de Charny, á pesar de todo eso, yo os aseguro bajo mi palabra que no estuve en el baile de la ópera.

—¡ Oh! señora! exclamó el jóven inclinando profundamente su frente hácia la tierra; V. M. tiene derecho de ir adonde le plazca, aun cuando sea al infierno, puesto que bastaria que V. M. pusiese los pies en él, para que quedase purificado.

—Yo no exijo de vos que disculpeis ese paso, dijo la Reyna; lo

que os ruego es que creais que no lo he dado.

—Estoy dispuesto á creer todo lo que V. M. me ordene que crea, respondió Charny, conmovido hasta el fondo de su corazon, al ver aquella insistencia de la Reyna, aquella humildad efectiva en una muger tan arrogante.

— ¡Hermana mia! ¡Hermana mia! murmuró el conde de Artois al oido de Maria Antonieta: ¡Eso es ya demasiado!

Y el conde de Artois tenia razon porque esta escena habia helado á todos los circunstantes; á los unos, por el dolor de ver herido su amor propio; á los otros por la emocion que inspira siempre una muger acusada, que se defiende con valor contra las pruebas contundentes.

— ¡Oh! ¡Todos lo creen! ¡Todos lo creen! exclamó la Reyna fuera de sí de cólera.

Y entrándole al fin el desalien-

to, se dejó caer sobre un sillón, enjugando á hurtadillas con la punta de uno de sus dedos una lágrima, que su orgullo la hacia creer que le quemaba los párpados. Levantóse, empero, á los pocos instantes, y el conde de Artois le dijo con ternura :

—Perdonadme, hermana mia; pero no teneis motivo para afligiros, puesto que os hallais rodeada de buenos y afectuosos amigos : ese secreto que tanto os espantó, no lo conoce nadie mas que nosotros, y os aseguro que no saldrá de nuestros corazones, si no nos arrancan con él la vida.

—¡ El secreto ! ¡ El secreto ! exclamó la Reyna : ¡ Oh ! yo no quiero que se crea semejante cosa.

— ¡ Hermana mia !...

— ¡ Nada de secreto ! Lo que yo quiero es una prueba.

—Alguien viene, señora; dijo á esta sazón Andrea.

— Señora, añadió Felipe con voz

pausada, el Rey.

—¡El Rey! gritó un ugier en la antecámara anunciando.

—¿El Rey? repitió la Reyna. ¡Oh! tanto mejor; el Rey es mi único amigo, y estoy segura de que no me creería culpable, aunque me hubiese visto incurrir en una falta. Sea, pues, bien velido.

—Luis XVI entró efectivamente en la cámara de la Reyna, y la calma de su semblante contrastaba de una manera visible con el desorden y trastorno completo de los de las personas que rodeaban á María Antonieta.

—Señor! exclamó esta; llegais á buen tiempo para destruir una nueva calumnia, para combatir un nuevo insulto.

—Qué ocurre? preguntó Luis XVI adelantándose hácia su esposa.

—Señor, va á propagarse un rumor, una calumnia infame, si no me ayudais á pulverizarla: prestad-

me, pues, vuestro auxilio, porque esta vez no son mis enemigos los que me acusan, sino mis mas caros amigos.

— ¿Vuestros amigos?

— Sí, estos señores, perdonadme que lo diga así, hermano mio. El señor conde de Artois, M. de Taverney y M. de Charny acaban de asegurarme que me vieron el otro dia en el baile de la ópera.

— ¡En el baile de la ópera! exclamó el Rey frunciendo el ceño.

— Sí, señor.

A esta sazón pesó sobre la asamblea un terrible silencio.

Mad. de La Motte vió la sombría inquietud del Rey y la mortal palidez de la Reyna; pero aun cuando con una sola palabra podia disipar aquella pena tan lamentable, anonadar todas las acusaciones y salvar á la Reyna para lo porvenir, su corazon no qui-

so pronunciarla; su interés egoísta se opuso á ello. Juana pensó para sí que ya no era tiempo, puesto que habiendo callado cuando se trataba del asunto de la cubeta, y habiendo mentido la primera vez, permitiendo que gravitase sobre la Reyna la primera acusacion, arriesgaba perder en favoritismo si retractaba su palabra, y temia que esto no sirviese mas que para allanar el camino á su sucesora.

El Rey volvió á decir despues de aquella leve pausa, y con angustioso acento:

— ¿En el baile de la ópera? ¿Quién ha hablado de eso? ¿Lo sabe tambien el señor conde de Provence?

— ¡Pero si no es verdad! exclamó la Reyna con el acento de la inocencia desesperada. Eso no es verdad, repitió; el señor conde de Artois se engaña; M. de Taver-

ney se equivoca; y vos tambien, caballero de Charny, vos tambien os engañais, ¡Es claro! todo el mundo está espuesto á equivocarse.

Todos los circunstantes se inclinaron en señal de asentimiento.

— Veamos si no: ¡que se llame á mi servidumbre, á todo el mundo!.... ¡que se les interrogue á todos!.... ¿Ese baile no tuvo lugar el sábado?

— Sí, hermana mia.

— Bueno; ¿qué hice yo el sábado? Que me lo diga aquel que lo sepa, porque francamente me vuelvo loca, y si esto continúa acabaré yo misma por creer que estuve en efecto en el baile de la ópera: pero os aseguro, señores, que si realmente hubiera ido lo confesaria sin el menor reparo.

A esta sazón aproximóse Luis XVI á su esposa con la mirada dilatada, la frente risueña, y estendidas las

manos.

—¿No habeis dicho, señores, preguntó en seguida, que fue el sábado cuando se verificó ese baile.

—Si, señor.

—¡Pues bien! en ese caso, continuó cada vez mas tranquilo y cada vez mas gozoso, no hay mas que interrogar á María, vuestra camarera, quien probablemente se acordará de la hora en que vine yo á vuestra cámara aquella noche: si no me engaño, serian cosa de las once sobre poco mas ó menos.

¡Ah! exclamó la Reyna ébria de gozo, ¡es verdad!

Y se lanzó en los brazos del Rey: poco despues ruborizada y confusa al ver que estaban clavadas sobre ella las miradas de todos, volvió á ocultar su semblante en el pecho del monarca, el cual besaba con ternura sus hermosos cabellos.

—¡Pues bien! dijo entonces el conde Artois aturdido de sorpresa y de

gozo á un tiempo; compraré unos anteojos para ver mejor en lo sucesivo; pero entre tanto, ¡vive Dios! que esta escena ha valido mas de un millon: ¿no es verdad, señores?

Felipe se habia reclinado contra la pared, pálido como la muerte. Charny, frio é impassible, acababa de enjugar su frente cubierta de sudor.

—Ya lo estais viendo, señores, prosiguió el Rey lleno de gozo por el efecto que acababan de producir sus palabras; es de todo punto imposible que la Reyna estuviese en el baile de la ópera la noche del sábado. Esta es la verdad; si no la creéis, tanto peor para vosotros; la Reyna por su parte, estoy seguro, que se dará por contenta con tal de que la crea yo.

—Es un hecho, replicó el conde de Artois; yo tambien os creo, diga lo que quiera M. de Provence, á cuya muger desafio á que pruebe

igualmente la coartada el día en que se la acuse de haber pasado la noche fuera de su palacio.

— ¡Hermano mio!

— Señor, beso las manos de V. M.

— Esperad, Cárlos, repuso el Rey despues de abrazar otra vez á la Reyna; voy á partir con vos.

Felipe permaneció inmóvil.

— ¡Cómo! Mr. de Taverney, exclamó severamente María Antonieta, ¿no acompañais al señor conde de Artois?

Felipe se incorporó con viveza al oír estas palabras, las cuales hicieron que se le agolpara la sangre á las sienes y á los ojos. El angustiado jóven apenas tuvo la fuerza necesaria para saludar á la Reyna, para dirigir á Andrea una triste mirada, para lanzar una mirada terrible á Mr. de Charny, y para ocultar la espresion de su dolor insensato.

Despidióse en seguida inclinándo-

se profundamente, y María Antonietta hizo una señal a Andrea y á M. de Charny para que se quedaran.

La situacion de Andrea, colocada entre su hermano y la Reyna, entre su amistad y sus celos, no hubiéramos podido describirla antes, sin detener la marcha de la escena dramática, de la cual vino á ser la llegada del Rey el feliz desenlace.

Nada merecía, sin embargo, llamar mas preferentemente nuestra atencion, que los sufrimientos de aquella jóven, la cual conocia muy bien que Felipe hubiera dado su vida por impedir aquella entrevista de la Reyna con M. de Charny al paso que se confesaba á sí misma que su corazon hubiera sufrido un dolor agudísimo, si, por seguir y consolar á Felipe como debia hacerlo, hubiera dejado á Mr. Charny solo con Mad. de La Motte y Maria Antonietta, ó sea, mucho mas á su

libertad que si realmente hubiera quedado solo con la Reyna. La señorita de Taverney creia adivinarlo así, por el continente modesto al paso que familiar tambien de Juana.

Andrea no acertaba á esplicarse la índole de sus sentimientos.

¿Sería el amor el que semejantes efectos producía en ella? ¡Oh! el amor, hubiera dicho para sí la pobre jóven, no germina, no se ensancha con rapidez en la fria atmósfera de los sentimientos del corazón. El amor, esa planta tan rara, no gusta de florecer sino en los corazones generosos, puros é intactos; no gusta de arraigar en un corazón profanado por los recuerdos, en un suelo helado por las lágrimas que se concentran en él hace tantos años. No; no era amor, por lo tanto, lo que Mad. de Taverney sentía, en su concepto, por Mr. de Charny: la hermana de Felipe rechazaba con todas sus fuerzas idea semejante,

porque se habia impuesto á sí misma el juramento de no amar jamás á nadie en el mundo.

Pero si no era amor lo que sentia, ¿por qué habia sufrido tan dolorosa impresion cuando Charny dirigió á la Reyna las palabras mas rendidas y respetuosas? Preciso era, pues, confesar que lo que sentia eran celos, y Andrea se confesó al fin que estaba celosa, no del amor que un hombre podia tener hácia otra muger que no fuese ella, sino de la muger á quien le era dado inspirar, recibir y autorizar este amor.

La hija del baron de Taverney contemplaba todos los dias á los galantes caballeros que componian la nueva corte, los cuales no comprendian su corazon y se alejaban de su lado despues de haberla ofrecido algunos respetos, los unos porque no atribuian su frialdad á filosofia, los otros porque aquella misma frialdad era un extraño contraste con la educa-

cion ligera que Andrea debia haber recibido.

Por otra parte, los hombres, ora busquen el placer, ora sueñen con el amor, desconfian de la frialdad de una muger de veinte y cinco años, que es bella, rica, favorita de una Reyna, y á la cual encuentran sola, glacial, silenciosa y pálida en un camino donde el gozo y la suprema felicidad estriban en brillar y en meter mucho ruido.

Ciertamente que no es un atractivo el ser un problema viviente; y Andrea no pudo menos de conocerlo así, porque habia visto irse alejando de ella gradualmente las miradas de todos, y que la mayor parte de los cortesanos, ó le negaban que tenia talento, ó desconfiaban de que lo tuviese. El abandono en que la iban dejando, era una especie de hábito en los antiguos, y un instinto en los mo-

dernos: el acercarse á hablar á la señorita de Taverney se consideraba entre los palaciegos como el acercarse á Latona ó á la Diana de Versalles, rodeada de su frio cinturón de agua ennegrecida. Aquel que habia saludado á la señorita de Taverney, y dirigido una sonrisa á cualquiera otra dama, creia que habia cumplido con los deberes de la cortesanía.

Todos estos detalles no podian escapar á los perspicaces ojos de la jóven, cuyo corazon habia agotado la copa del dolor, sin haber gustado nunca la del placer, y la cual veia avanzar á sus años, seguidos de un cortejo de pálidos enojos y de negros recuerdos. Andrea de Taverney, por lo tanto, se limitaba á sufrir y á invocar en su retiro á aquel que castiga mas que perdona, y recorriendo en sus dolorosos insomnios las delicias ofrecidas á los amantes felices de Ver-

salles, decia suspirando con una mortal amargura:

— ¡ Y yo! Dios mio; ¡ y yo!

Cuando la noche del dia de los yelos se encontró con Charny, cuando vió los ojos del jóven detenerse con curiosidad sobre ella, y envolverla en su red simpática, reconoció que este no participaba de aquella estraña reserva que le manifestaban todos sus cortesanos, y sintió un consuelo inefable, al considerar que para aquel hombre era una muger. El caballero de Charny habia despertado en ella la juventud y habia galvanizado la muerte; habia conseguido animar y dar color al mármol de Diana y de Latona.

Asi es que la señorita de Taverney se vió impelida súbitamente á aquel regenerador que acababa de hacerle sentir su vitalidad, y se contempló tan feliz con poner toda su atencion en aquel

jóven para quien no era un problema, como desgraciada al pensar que otra muger iba á cortar las alas á su fantasía de color de rosa, y á confiscar sus ilusiones cuando apenas acababa de salir por la puerta de oro.

Dígnese el lector perdonarnos el que háyamos hecho tan larga digresion para esplicar la causa porqué Andrea no siguió á su hermano Felipe, á pesar de que habia sentido la injuria dirigida á este mas que si fuera propia, y aun cuando el cariño que le profesaba era una idolatria, una religion, casi un amor.

Volviendo, pues, á nuestra narracion interrumpida, diremos que la señorita de Taverney, la cual únicamente se habia quedado en la cámara de la Reyna, para impedir la entrevista de M. de Charny á solas con S. M., no pensó siquiera en tomar parte en la conversacion,

despues que vió despedir á su hermano .

En el instante mismo que vió salir á este de la régia estancia, fue á sentarse al lado de la chimenea , con la espada casi vuelta al grupo que formaban , la Reyna reclinada en pie al lado de esta , y Mad. de La Motte , que se hallaba en el hueco de una ventana, á donde su supuesta timidez habia ido á buscar un asilo y su curiosidad real un punto de observacion favorable.

La Reyna permaneci6 en silencio por espacio de algunos minutos, y como si dudase los términos en que habia de renovar la conversacion sobre la esplicacion delicada que acababa de tener efecto.

Charny habia tomado una actitud que revelaba sus dolencias, y la cual agradaba en extremo á Maria Antonieta, quien se decidi6 al fin á romper el silencio respondi-

do á su propio pensamiento y al de las personas que se hallaban presentes

— Todo esto prueba, exclamó sin preámbulo alguno, que no carecemos de enemigos. ¿Podriais creer, caballero, añadió dirigiéndose á Charny, que pasaban cosas tan miserables en la corte de Francia ?

Charny no replicó palabra.

— ¡ Ah ! qué felicidad debe ser, continuó la Reyna, el vivir en vuestros navíos al aire libre y en plena mar ! Constantemente se nos está hablando del furor de las olas á nosotros, los que habitamos en las ciudades ; pero.. ¡ oh amigo ! ¿ no es cierto que las olas mas furiosas del Océano han lanzado sobre vos mas de una vez la espuma de su cólera ? ¿ no es cierto que sus asaltos os han dejado caer en mas de una ocasion sobre el puente del navío ? ¡ Pues bien ! á pesar de eso, conservais vuestra juventud, vuestra robustez y vuestra honra.

— ¡Señora !...

— ¿No es verdad tambien que los ingleses, continuó la Reyna animándose por grados, os han disparado su cólera de fuego y de metralla, cólera tan peligrosa para la conservacion de la vida? ¿Pero qué os ha importado eso? Nada, absolutamente nada; os encontrais sano y la cólera de vuestros enemigos, sobre los cuales habeis quedado vencedor, no ha servido mas que para que el Rey os felicite, os haya llenado de honjeros aplausos, y para que el pueblo sepa y aprecie vuestro nombre.

— Pero, señora, murmuró Charney, temiendo que aquella fiebre exaltase insensiblemente los nervios de María Antonieta, permítame V. M. que le diga que no comprendo...

— A dónde quiero ir á parar, ¿no es eso? Ahora sabreis, amigo. Benditos sean los enemigos que arrojan sobre nosotros el hierro y las

espumosas ondas: benditos sean los enemigos que únicamente amenazan á nuestra vida!

— ¡ Oh! señora, repuso Charny; no hay enemigo colocado á la suficiente altura para que sus tiros alcancen contra V. M., asi como no es posible que la serpiente alcance al águila. Todo aquel que rastrea por el suelo no puede incomodar á aquellos que se ciernen en las nubes.

— Caballero, se apresuró á responder la Reyna; ya sé que habeis salido sano y salvo de la batalla y de la tempestad; sé tambien que habeis salido triunfante y bien querido de todos, mientras que aquellos, cuyos enemigos, como lo hacen los nuestros, se ocupan en mancillar su nombre con la baba de la calumnia, no corren riesgo alguno de perder la vida, es verdad; pero envejecen en cambio á cada tempestad que pasa sobre sus cabezas, y

se habitúan á doblegar la frente, temerosos de hallar, como hoy me ha sucedido a mí, confundidas en un solo ataque, las injurias de los amigos y de los enemigos. Y además, caballero, ¡si supiérais cuán duro es el ser aborrecido!

Andrea esperó con ansiedad la respuesta del jóven, porque estaba temiendo que iba á replicar prodigando á la Reyna los afectuosos consuelos que esta parecia solicitar.

Pero M. de Charny en vez de responder á María Antonieta, se enjugó el sudor de la frente con el pañuelo, buscó un punto de apoyo en el respaldo del sillón y se puso estremadamente pálido.

María Antonieta le miró, y exclamó en seguida:

—Creo que hace aquí mucho calor.

Mad. de La Motte abrió la ventana, sacudiendo la falleba con un

vigor tan grande como el de un hombre.

Charny respiraba el aire con la mayor delicia.

—Este caballero, dijo entonces la Reyna, se conoce que está muy acostumbrado al viento de la mar, y no es extraño que se sofoque en los gabinetes de Versailles.

—No es eso, señora, respondió Charny; pero..... de aquí á dos horas entro de servicio, y á no ser que V. M. me ordene que me quede.....

—De ningun modo, caballero; repuso María Antonieta: ya sé lo que es una consigna; ¿no es verdad, Andrea?

Y luego añadió con un tono un poco picado, volviéndose á Charny:

—Sois libre de marchar cuando os plazca, caballero.

Y al pronunciar estas palabras despidió con un gesto á Charny, el

cual saludó á la Reyna á guisa de un hombre á quien llaman sus ocupaciones á otra parte, y desapareció por detrás del tapiz.

A los pocos instantes de su salida oyóse en la antecámara un quejido, al cual sucedió el rumor de los pasos de algunas personas, que corrian apresuradamente.

La Reyna, que se hallaba al lado de la mampara, ora por casualidad, ora porque hubiese querido seguir con la vista al caballero de Charny, cuya precipitada despedida le habia parecido extraordinaria, levantó el tapiz, dió un ligero grito, é hizo ademán de lanzarse fuera de la habitacion.

Pero Andrea, que no perdía ni el menor de sus movimientos, se interpuso entre la puerta y su ama, exclamando:

— ¡Oh! señora!

La Reyna lanzó entonces una penetrante mirada á la señorita de

Taverney, la cual la sostuvo firmemente y sin bajar los ojos.

Mad. de La Motte alargó la cabeza para ver lo que pasaba fuera de la régia cámara, y como entre la Reyna y Andrea habia un pequeño espacio, pudo ver por él á M. Charny que estaba desmayado, y al cual se apresuraban á socorrer los guardias y los dependientes de palacio.

Al ver María Antonieta el movimiento de Mad. de La Motte, se apresuró á cerrar la puerta; pero era ya demasiado tarde, porque Juana se habia enterado de todo.

En seguida, frunciendo el ceño, y manifestando un ademan en extremo meditabundo, fue á sentarse en su sillón. Al ver la preocupacion sombría que la dominaba, y la cual era consecuencia de la emocion violenta que acababa de sentir, cualquiera hubiera dicho que no se cuidaba de que las personas que

estaban en torno suyo se apercibiesen ó no de lo que sucedía.

Andrea por su parte, aun cuando proseguía en pie y reclinada contra el muro, no parecía tampoco menos distraída.

Hubo un momento de silencio.

— Aquí pasa algo de extraordinario, exclamó de repente y en voz alta la Reyna, cuyas palabras sorprendieron en extremo, por lo inesperadas, á sus dos compañeras: se me figura que M. de Charny duda aun.....

— ¿ De qué, señora? preguntó Andrea.

— De que saliera yo ó no de palacio la noche del baile.

¡ Oh! señora!

— ¿ No opinais como yo, condesa? ¿ No creéis en efecto que M. de Charny abriga todavía alguna duda?

— ¿ A pesar de la palabra del

Rey? exclamó Andrea: ¡oh! no señora; eso es imposible.

— La declaracion del Rey podrá atribuirse á otra cosa: sin embargo, ¿quién sabe si habrá quien crea que todo cuanto ha dicho en mi favor, ha sido dictado por su amor propio?.... ¡Oh! apostaria cualquier cosa á que M. de Charny duda aun!

Andrea se mordió los labios, y repuso con dulzura:

— Mi hermano no es tan incrédulo como M. de Charny, y si no me engaño, creo que se ha ido mucho mas convencido de la verdad.

— ¡Oh! preciso seria confesar, continuó la Reyna, sin oir la respuesta de la señorita de Taverney, que si tal fuese, ese jóven no tendria el corazon tan recto y tan puro como yo habia creido.

Luego exclamó, frotándose las manos con ademan colérico:

—Pero, y si está en que me ha visto, ¿por qué no habia de creerlo? El señor conde de Artois, Felipe y otra porcion de ellos me vieron tambien, ó lo han dicho asi al menos, y sin embargo, ha sido precisa la palabra del Rey para que crean ó aparenten creer lo contrario. ¡Oh! indudablemente hay aqui un misterio que nadie mas piensa que puede existir. ¿No es verdad, Andrea, que es de todo punto indispensable que descubra yo la razon de todo esto?

—Opino exactamente como V. M., repuso Andrea, y estoy segura de que Mad. de La Motte cree tambien lo mismo. ¿No es verdad, señora, que V. M. debe de hacer cuantas indagaciones le sean posibles, hasta dar con la verdadera causa?

Mad. de La Motte, á quien esta pregunta cogió desprevenida,

se estremeció y no replicó palabra.

—Porque lo cierto es, continuó la Reyna, que dicen haberme visto en la cubeta de Mesmer...

—Y V. M. estaba allí en efecto, se apresuró á decir Mad. de La Motte.

—Cierto que sí, repuso la Reyna; pero no hice ni siquiera un ápice de cuanto dice el folleto. Además, añaden también que me vieron en el baile de la ópera, y lo que es allí, no estuve.

Y parándose á reflexionar un breve instante, añadió luego con viveza:

— ¡Ah! ya he dado con el motivo!

— ¿Con el verdadero motivo? murmuró en voz baja la condesa.

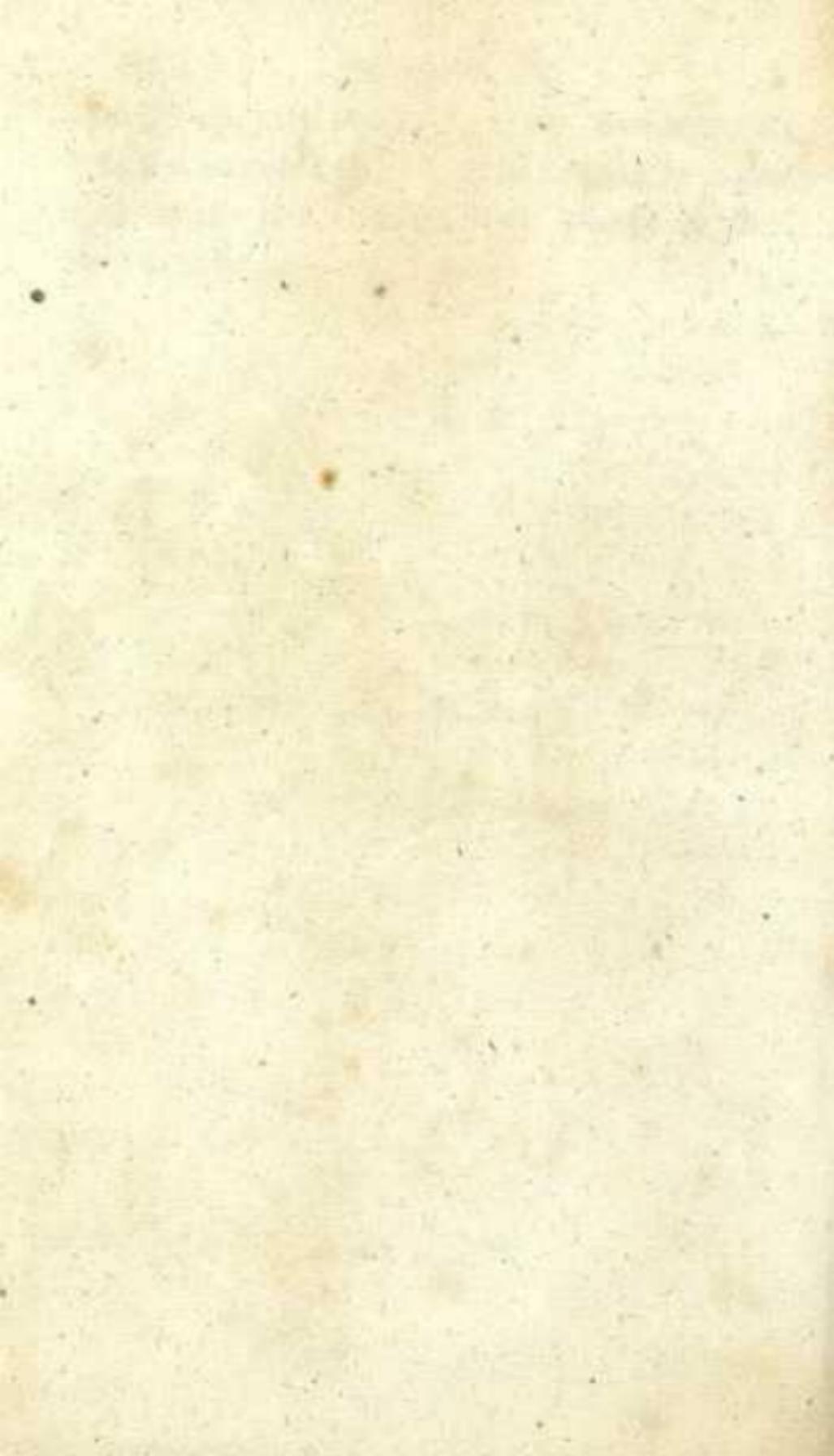
— ¡Oh! tanto mejor! exclamó Andrea.

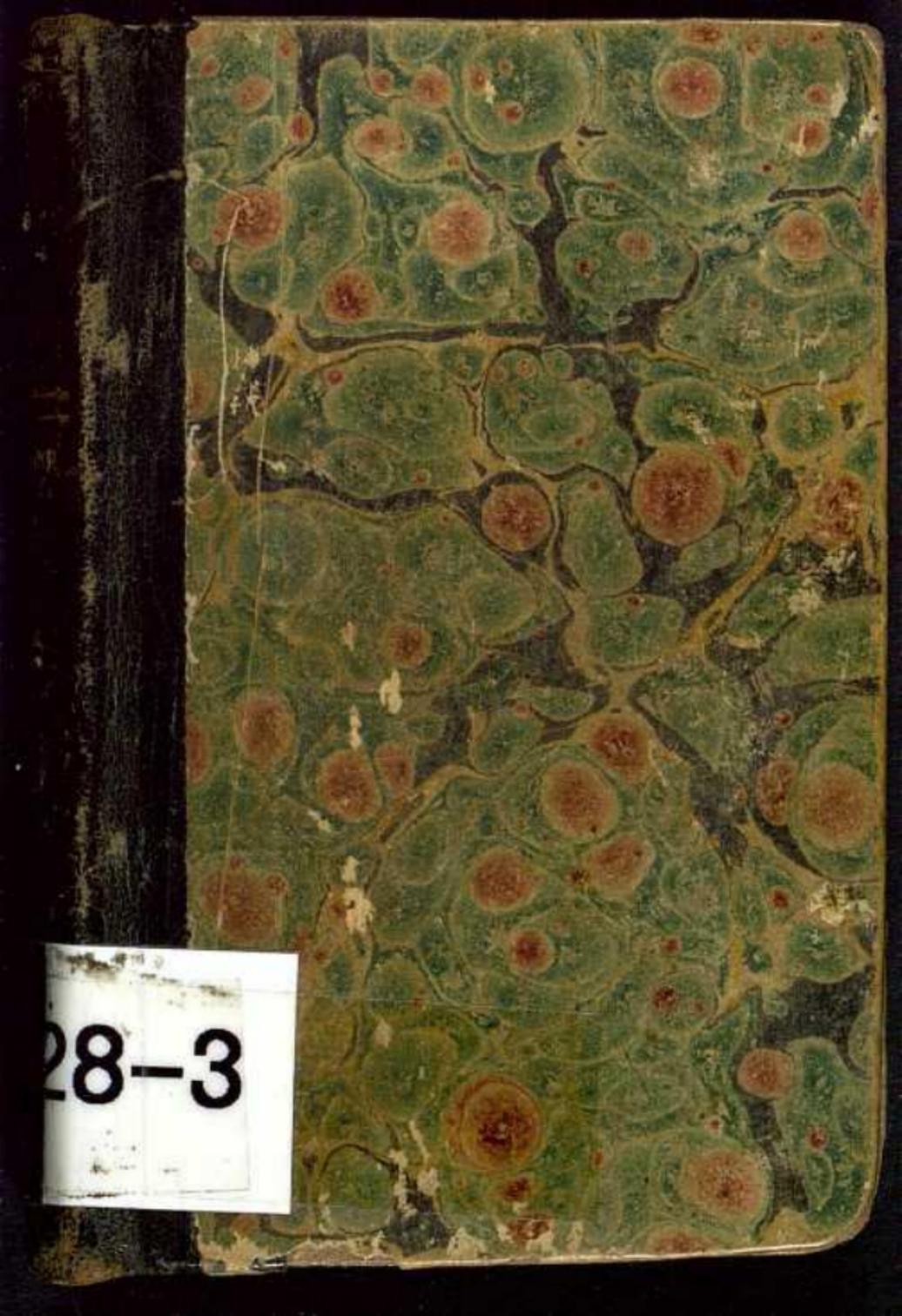
— ¡Mad. de Misery! Mad. de Misery! gritó alegremente la Reyna á

su camarera mayor, que acababa de presentarse en la régia estancia: decid que llamen de mi parte á Mr. de Crosne.

FIN DEL TOMO V.







28-3







**EL COLLAR
DE LA REYNA.**

V.